



CRÓNICA HISPANO-AMERICANA

POLITICA, ADMINISTRACION, CIENCIAS, LITERATURA, ARTES, AGRICULTURA COMERCIO, INDUSTRIA, ETC., ETC.

COLABORADORES: Señores Amador de los Rios, Alarcon, Arce. Sra. Avellaneda, Sres. Asquerino, Anon (Marqués de), Alvarez (M. de los Santos), Arnao, Ayala, Alonso (J. B.), Araquistain, Anchorena, Albus, Ardanaz, Ariza, Antonio Guerra y Alarcon, Arriola, Balaguer, Barait, Barzanallana (Marqués de) Becerra, Benavides, Bona, Borao (Borrado), Bueno, Bremon, Braton de los Herreros (Manuel), Blasco, Burrell, Burgo, Calvo Assensio (D. Pedro), Campomar, Camis, Canalejas, Cabete, Carizosa, Castelar, Castro y Blanc, Cánovas del Castillo, Castro y Serrano, Calavia (D. Mariano), Calvo y Martin, Cazorro, Cervino, Chastei (conde de) Collado, Cortina, Corradi, Colmeiro, Correa, Cuesta, Cueto, Sra. Coronado, Sres. Calvo Assensio (D. Gonzalo), Comenge, Cañamaque, Calcaño, Ducarrete, Diaz (José Maria), Diaz Perez, Duran, Dague de Rivas, Echevarria, (J. A.) Espin y Guillen, Estrada, Echegaray, Equiz, Escosura, Estrella, Eulate, Fabié, Ferrer del Rio Fernandez y Gonzalez Fernandez Guerra, Fernandez de los Rios, Ferrn, Toro, Flores, Figuerola, Figueron, Augusto Suarez de, Garcia Gutierrez, Gustavo Baz, Gayangos, Galeste de Molina (D. Javier), Graells, Jimenez Serrano, Giron, Gomez Marin, Güel y Rente, Guelbenzu, Guerrero, Incensa, Harzenbus, Iriarte, Jauer, Jaumeandreu, Labra, Larra, Larrañaga, Lasala, Lezama, Lucas Mallada, Lopez Gujjarro, Lorenzana, Llorente, Lafuente, Macanaz, Machado y Alvarez, Martos, Mata (D. Guillermo), Mata (D. Pedro), Mañé y Flaquer, Medina (D. Tristan), Merelo, Montainos, Molins (Marqués de), Muñoz del Monte, Malagarriga, Ochoa, Olavarria, Olavarria y Huarie, Orgaz, Ortiz de Pinedo, Oizaga, Pompilio Gener, Palacio, Pasa, Pasa y Lastra, Pasual (D. Agustín) Perez Galdós, Perez Lirio, Pi y Margall, Poya, Reinoso, Retes, Revilla, Rios Rosas, Rivera, Rivero, Romero Ortiz, Rodriguez y Muñoz, Rodríguez, G.) Rosa y Gonzalez, Ros de Olano, Rossell, Ruiz Aquilera, Sagarmínaga, Sanz Perez, Sanz, Salvador de Salvador, Salmeron, Sanromá, Selgas, Segovia, Serrano Alcazar, Selles, Tamayo, Trueta, Tubino, Talero, Ulloa, Vialera, Velez de Medrano Vega, Venturá de la, Vidart, Wilson (baronesa de), Zapata, Zobel, Zaragoza, Zorrilla, Sanjuan (D. Ramon de) Cemborain y España, (D. Eugenio), A. costa (D. Juan), Ribot y Fontero, R. Ortiz y Benayto

PRECIO DE SUSCRICION
 España: 6 pesetas trimestre, 20 año.—Europa: 40 francos por año.—
 Ultramar: 12 pesos fuertes oro por año.

PRECIO DE LOS ANUNCIOS
 España: 4 rs. línea.—Resto de Europa: 1 franco línea.—Ultramar: 4 rs.
 Sencillos línea.—Reclamos y comunicados precios convencionales.

Madrid 13 de Julio de 1886

La suscripción en provincias se hará, como en Madrid, en las principales librerías, y directamente en nuestras oficinas, acompañando su importe en libranzas del Giro Mútuo, letras o sellos de Comunicaciones; optando por este medio deberá hacerse bajo certificado.

Administración y redacción: Valverde 2, primero

SUMARIO

Revista política, por Ragner.—El patio andaluz, por Clarín.—Ciencias, por Daniel Rodríguez.—El despertar de Africa, por David Ker.—Feas y hermosas, por J. G. Abascal.—Congreso de vinicultores de 1886, por Charles Rober Darwin, por Nicolás Díaz y Pérez.—Dominguez, por José de Siles.—Crítica del amor, por V. Salmerón y García.—La llegada del tren, por Boabdil el Chico.—Riverrita, por Clarín.—El amor, por José Martínez Medina.—Revista de Madrid, por Antonio Guerra y Alarcón.—Anuncios.

REVISTA POLÍTICA

Término de la discusión del mensaje en el Congreso.—El Centre Catalá.—Origen de la baja de los fondos turcos.—Obras del canal interoceánico de Panamá.

Ha terminado en el Congreso de los Diputados la discusión del Mensaje.

Las discusiones habidas con este motivo han sido notabilísimas; pero es preciso confesar que está justificado el que así haya sucedido, después del cambio trascendental ocurrido en el país con la muerte de Don Alfonso.

Han terciado en la discusión del Mensaje con objeto de exponer su política, los jefes de todos los partidos militantes.

De las declaraciones y tendencias de los principales partidos, el país no puede deducir consecuencias inmediatas.

La coalición republicana, resuelta a emplear toda clase de medios, incluso la revolución, para realizar sus ideales; el gobierno se muestra decidido a administrar liberalmente y resistir si se le ataca; el partido que dirige el eminente tribuno Sr. Castelar empeñado en procurar el triunfo de la República, reprobando toda clase de violencia, y los conservadores decla-

rando que prefieren antes la monarquía que la paz. Y como no hay, ni puede haber términos hábiles para armonizar tan contrarias intenciones, la síntesis de los debates no tiene nada de tranquilizadora.

Los partidos se muestran más decididos que nunca a luchar.

Mientras se debate en el Senado el convenio comercial con Inglaterra, el Centre Catalá, de Barcelona, publica en algunas hojas escritas en catalán las adhesiones de diputados y senadores que se han comprometido a defender en las Córtes los intereses de Cataluña, perjudicados con el convenio. Es innegable que tienen importancia aquellas firmas; y aún la tienen mayor las firmas de 65.000 obreros que protestan contra el tratado. Esto y la probable derrota del ministerio inglés, influirán de algún modo en la terminación de este asunto, juzgado con tan diversos criterios hasta ahora?

La baja de los fondos europeos reconoce por causa los síntomas belicosos que vuelven a notarse por Oriente. La acometida hecha por los turcos en territorio montenegrino, la cuestión aún pendiente de Bulgaria, y la violación del tratado de Berlín por los rusos, que han suprimido las franquicias estipuladas para el puerto de Batum, se consideran hechos graves, complicándose con el desorden que va a causar en Inglaterra el resultado de las elecciones, por ser esta nación la que ejerce vigilancia más directa contra las influencias perturbadoras de Rusia.

Como faltan todavía datos precisos, no podemos formar juicio exacto.

Hasta ahora el partido conservador lleva gran ventaja a los demás; de manera que si se

limitase la elección a las cifras conocidas, tendría ya mayoría sobre todos sus adversarios juntos, contando sus aliados del momento, los liberales disidentes.

Entretanto Irlanda, consentida en su emancipación, se agita y protesta ruidosamente del fallo electoral.

Si las elecciones son desfavorables a Mr. Gladstone, derrotado dos veces consecutivas, parece indudable el fracaso, al menos por ahora, de sus colosales reformas.

El opúsculo titulado *Il Canale di Panamá è la sua prossima apertura*, escrito por el conde Fortunato Marazzi, capitán de Estado mayor del ejército italiano (después de la visita de su autor a las obras del Canal, a fines de 1885), y publicado en Génova por el *Giornale della Società di Lettere* (Febrero de 1886), indica ya las principales dificultades que ha consignado el ingeniero y consejero de Estado Mr. Rousseau en su informe facultativo al gobierno francés.

El canal está abierto desde Colón hasta la derivación de las aguas en el kilómetro 10, y le surcan, según parece, algunas barcas, auxiliares de los obreros; en Bohío-Soldado (Kil. 24), donde el terreno tiene la altura de 60 metros, se debe desmontar cinco millones de metros cúbicos de tierra no muy compacta, y el trabajo se ejecuta con actividad por cuenta de tres compañías francesas; entre Bohío-Soldado y San Pablo hay 10 kilómetros de terreno de aluvión, que no ofrece resistencia; en Gorgona (Kil. 41) comienzan las rocas, y se deben extraer seis millones de metros cúbicos; en el kilómetro 45 empieza la sección peñascosa de Obispo, cuya altura varía entre 66 y 205 pies; en el kilómetro 51, primera etapa de la sección de Emperador, las rocas aumentan en colosales

proporciones, y ha de ser muy difícil, larga y arriesgada la empresa de arrancar y extraer de allí veinticinco millones de metros cúbicos; los peñascos se suceden hasta la sección de Culebra, donde está la clave del problema, y sólo en un trayecto de dos kilómetros es necesario barrenar y transportar por accidentado terreno más de veinte millones de metros cúbicos de materiales; sigue la sección de Paraíso, que también es importante, y continúa el terreno peñascoso unas veces y otras de aluvión, hasta el sitio llamado la Boca, prolongándose el canal en el Pacífico unos siete kilómetros.

Según el trazado definitivo, la longitud del canal deberá ser de 74 kilómetros; la profundidad mínima nueve metros bajo el nivel del mar; la anchura 22 metros; hacia la mitad del canal habrá una estación de cinco kilómetros de longitud para el paso de los buques que naveguen en dirección opuesta; está calculado que, para ejecutar exactamente ese trazado, hay que arrancar y extraer más de cien millones de metros cúbicos de materiales.

RAGUER.

EL PATIO ANDALUZ

CUADROS DE COSTUMBRES

POR

SALVADOR RUEDA

Hermoso título ha puesto el Sr. Rueda a su libro. *El patio andaluz* ha hecho soñar a todos los poetas, y aun a muchos hombres en prosa, de todos los climas, de todas las razas.

Yo, que soy cuasi gallego, tuve desde niño la nostalgia (*à priori*) del patio andaluz, y sin haberlo visto lo echaba de menos, como escenario digno de los idilios que fraguaba la imaginación, la cual no sabía entonces que había de parar en crítica ó negativa, como dicen los preceptistas.

Y si no fuera porque estaría muy mal visto que un crítico se pusiese á contar sus primeros amores, diríale yo á mi buen amigo Sr. Rueda cómo me figuraba entonces á su graciosa y ardiente Andalucía, y á las andaluzas, y la sierra de Córdoba y los patios de Córdoba y Sevilla.

Tengo un libro entre manos en que he de procurar describir la comparación de mi sierra de Córdoba, soñada con fuerza bastante plástica para que viviera fija en el cerebro de un ser, con la sierra verdadera que vi siendo ya muy hombre, ó por lo menos, todo lo hombre que yo he de ser en este mundo. Pues de la sierra aquella y de los patios andaluces y de mis impresiones de entonces, al comparar sueños con realidades, me ha hecho acordar el libro de Rueda, que conservo en algunos capítulos, y es este el mérito principal, ese perfume compuesto de esencias inmateriales; ó de materia muy sutil, que es el *dejo* del sabor de una tierra.—Cuando yo entré en Andalucía olfateando con el alma, si cabe hablar así, llegaron á mis sentidos; y volando pasaron el espíritu, ráfagas de esos aromas mágicos, compuestos con aire, luz, idea y acaso algunas hojas de azahar y algunas gotas de Jerez; y á veces en la prosa poética del *Patio andaluz* se me antoja encontrar reminiscencias de tales aromas, si bien, es claro, con la diferencia que va de oler violetas frescas en el campo, á oler un pañuelo perfumado con violeta. Al fin, el libro de trapo es, y el Sr. Rueda no querrá que le adule hasta el punto de decir que él ha hecho con tinta esparcida sobre papel, lo que Dios hizo, él sabrá cómo, con rayos del sol y jugos de la tierra.

Hay dos Andalucías; la vulgar, la ostentosa, la de guardarropia, la de aparatos, la de los turistas voyageurs y demás viajeros cursis; la Andalucía que el primer especiero inglés que se

presenta quiere comprender y sentir y amar; la Andalucía de los poetas gárrulos, de los graciosos andaluces (de que Dios me libre) la de los embusteros y bravucones; la Andalucía del Alcázar restaurado y habitado por Isabel II; la Andalucía de Romero Robledo y de Cánovas, la Andalucía... ¿por qué no decirlo? que describió admirablemente D. Serafín Estévez (ó Estébanez) Calderón.

Yo también viajé por ella. Acompañábame á contemplarla mucha gente; eran los admiradores de oficio, pseudónimo arqueólogos insoportables de piedra berroqueña, periodistas insulsos, hombres de mundo superficiales y secos. Las admiraciones hacían el gasto ¡oh! ¡ah!...—¿Ha visto usted la Mezquita?—¡Ah! ¡sí! pero ya verá usted la Cartuja en Granada. ¡Oh, la Cartuja!—Otros hablaban, al llegar á la Alhambra, de la fachada *Siete-suelos* y de la frescura de su jardín, y de los grandes árboles—que, según mis noticias, plantaron los franceses—y lo que más admiraba alguien era el palacio de Carlos V.

En cuanto á la Alhambra... si la mayor parte de los viajeros y de los indígenas quisieran ser francos... dirían que no les parece tan gran maravilla como se asegura; entre otras razones, porque se está cayendo...

La otra Andalucía, la misteriosa, la inolvidable, la que se adivina cuando se sabe soñar, la que no han visto muchos andaluces, la que habla al alma por los ojos de algunas andaluzas y en los juegos de luz de la mezquita de Córdoba á las diez de la mañana; la que canta con melancolía sublime en las hojas de los naranjos en las huertas de la Sierra, la que se ve, sabiendo sentir y recordar, desde *el balcón del mundo*, la que no anda prostituida por los teatros de París y los cafés de Madrid y las coplas de los poetas chillones; la que casi está sin estudiar, casi sin comprender, la que mereció que Byron se enamorase de ella, la Andalucía poética, cuasi mística, esa apenas la conoce el mundo; y si en España llega á aclimatarse de veras un arte realista (literario), la veremos aparecer en libros de verdadera inspiración y de observación honda y bien sentida.

Es claro que no faltan ya precursores de tal literatura; lo es, por ejemplo, Valera, que en algunos capítulos de *Pepita Jiménez* y de *El Doctor Faustino* pinta ya, con toda la música de colores, olores y hasta de contactos y temperaturas, la impresión andaluza verdadera, auténtica, noble; Fernán Caballero, en tal ó cual rasgo, llegó también á veces á reproducir la naturaleza aquella con las directas sensaciones que causa. El mismo *Solitario*, á pesar de su españolismo semi-salvaje, y de su fraseología retorcida, y de su caja de colores, no tomados al sol, sino al Diccionario, en algunos pasajes de cuadros habla de la Andalucía bella y recatada. También asoma en algunos libros de Alarcón. Excuso decir que ningún discurso de Cánovas, ni en poesía alguna de las suyas, se pueden recoger documentos que merezcan constar en esta especie de literatura, precursora de otra que sea el *realismo de la verdadera estética andaluza*.

Hasta ahora en España sólo Santander ha tenido la suerte de encontrar un pintor de su naturaleza auténtica; tal vez en *Vilánin*, Oller ha comenzado á trasladar al papel la verdadera vida catalana; pero no en el sentido de que aquí se trata; y digo tal vez, no porque yo no admire á Oller como el que más sino porque ni entiendo, también como yo quisiera, el catalán, ni conozco á Cataluña.

No esperará Rueda que yo le diga que él va á ser el Pereda de Andalucía.

Semejantes adulaciones suelen servir para ayudar á que se pudran los ingenios antes de estar maduros.

Ejemplos deplorables de ello tenemos en muchos jóvenes escritores que comenzaron recibiendo en las narices oleadas de incienso, y que ahora yacen podridos (en cuanto frutos metafó-

ricos) sobre el polvo, metafórico también, del olvido.

Y, por desgracia, otros que empezaban á madurar, heridos á deshora por una granizada de elogios falsos, ya tienen tal cual mancha en la piel, triste anuncio de que comienzan á *picarse*. ¡Dios les preserve de total podredumbre!

No, Sr. Rueda, ni á usted ni á nadie; yo no adulo. Sus artículos, que leo con gusto casi siempre, y siempre cumpliendo un deber, demuestran que posee usted muchas de las cualidades del escritor de observación poética y verdadera.

Sus trabajos sobre el campo andaluz no son geodésicos; sus notas de costumbres, figuras, olores y colores, no son documentos para la estadística ó meros apuntes para la futura sociología; son verdadera obra de arte; observa usted á lo poeta, es minucioso cuando debe, adivina el porvenir que significa algo, y sabe, por ejemplo, cuándo el ruido de una cortina que mueve el viento debe llamar la atención. Maneja bastantes palabras sin rebuscarlas malamente, y su tendencia á los giros familiares no es mala de sí, si bien no hay que exagerarla.

Como cartones para un cuadro, sus bocetos me gustan en general. De esas dos Andalucías de que antes hablaba, hay muestras en su libro.

Las de la primera se deben quizás á lo que en usted hay de imitación. Pero en lo original asoma varias veces la segunda Andalucía; por eso he dicho que su libro de usted me ha recordado ciertos aromas.

No he querido decir, al llamar *cartones* á sus cuadritos, que estos no tengan su *unidad relativa*; pero es indudable que debe usted aprovechar las cualidades que en ellos revela para obra de más alientos, en que las proporciones del conjunto añadan su peculiar belleza á la que ya sabe usted encontrar en estos fragmentos descriptivos.

Puede el Sr. Rueda malograrse, como se han malogrado otros muchos; pero creo que llegará á ocupar un puesto distinguido entre los verdaderos escritores castellanos, si cultiva con ahinco sus facultades positivas, que bien á la vista están, y no se duerme sobre laureles demasiado verdes.

Además, es preciso huir del amaneramiento en que fácilmente se cae cultivando el género que cultiva; esa misma familiaridad, el estilo de que antes hablaba, se convierte en prosa baja, llena es muletillas y frases sin sentido, á poco que se exagere.

Otro peligro es la afectación de sencillez y naturalidad. Desde luego, debe el Sr. Rueda ser menos pródigo de esos incisos *lricos* que se refieren al estado del propio ánimo, y que disgustan, unas veces porque acusan *egoísmo literario*, y otras, las más, porque no son sino alarde retórico para redondear un periodo ó lucir riqueza de giros, frases populares y refranes.

Supongo que me entenderá el Sr. Rueda.

Y nada más. Trabaje mucho, y ya veremos si llega á ser lo que promete.

CLARIN.

CIENCIAS

POLIEDROS ESTRELLADOS

La preferencia con que se miran las ciencias tecnológicas y aplicadas, en vista de su gran utilidad práctica, ha ido poco á poco desterrando la timidez de los que, influidos por una educación casi errónea y deficiente, condenaban en otro tiempo el estudio de las ciencias naturales, como opuestas á la integridad de la fé. Afortunadamente, llegó el codiciado tiempo en que, tanto los gobiernos como los particulares, se han convencido de que lo que más interesa es la aplicación de los progresos del entendimiento á las necesidades de la vida.

Por esta razón, quien penetrado del espíritu de nuestro siglo, dirija una mirada al de los Reyes Católicos y de sus sucesores los Felipes, se encontrará con qué, á pesar del estado floreciente de la literatura, las ciencias exactas, físicas y naturales, se hallaban olvidadas, mediante el *veto* de los Torquemadas y tantos otros.

Rotas á principios del presente siglo las cortapisas que detenían las conciencias y supeditaban el espíritu á las enseñanzas teológicas, bien pronto los ferro-carriles y telégrafos abatieron las fronteras, borraron las prevenciones de raza, unieron en apretado haz los pueblos, trazando á la par en la senda laboriosa del progreso el mayor de los más grandes principios, esto es, el principio de *Economía universal* con su triple aspecto de agricultura industria y comercio.

Y no cabe duda: á medida que el trabajo nacional ha ido necesitando el concurso de las ciencias físicas y naturales para la solución de los problemas prácticos, éstas á su vez, han reclamado para sí todo el desarrollo en sus principios y la solidez de sus fundamentos. Por manera que estando basadas en las ciencias exactas, maravillan ciertamente las innovaciones introducidas en éstas, hasta el punto de ver en las Matemáticas de hoy, casi una ciencia distinta en el orden expositivo de sus verdades.

Acostumbrados en los Institutos á considerar este andamiaje científico como una inmensa cadena eslabonada, al decir de Euclides, fundador de la antigua Geometría, tan pronto como se aborda al estudio reciente de esta ciencia y se dejan comprender las modernas teorías, surge de repente aquel concepto precioso que D. José Echegaray hizo preceder á las Matemáticas de un célebre autor alemán, á saber: «El andamiaje científico será un círculo en que los puntos de la circunferencia harán de teoremas, el centro de axioma y sus radios los caminos de demostración.»

Y con efecto, después de adquiridas las primeras nociones acerca de la extensión, viene inmediatamente la teoría de Mr. Poincaré acerca de las superficies planas limitadas, conocidas por el nombre de *polígonos estrellados*, figuras que llevadas más tarde al espacio por Mr. Cauchy y Bertrand originan los sólidos con la denominación de *poliedros estrellados*, á los que especialmente dedicamos el presente artículo para dar cuenta de los últimos trabajos realizados en esta parte de la Geometría, en el vecino cuán floreciente reino de Portugal.

A nadie podrá ocultarse, y mucho menos si como nosotros se consagra á esta clase de estudios, la dificultad con que los alumnos se acostumbran á representar las figuras vistas en el espacio, y de aquí la necesidad de construirlas previamente con el empleo del cartón y otra sustancia á propósito, razón porque en nuestros gabinetes de Matemáticas figuran también los poliedros regulares.

A pesar de las instrucciones dadas por Cauchy para la construcción de los poliedros estrellados, no se llevó á la práctica hasta que en 1858 Mr. Bertrand propuso á la Academia de Ciencias de París, en la sesión del 11 de Enero, que el inteligente matemático Mr. Gourgeón se encargara de presentar la primera colección. No se hizo esperar mucho el deseo de Bertrand; en la próxima sesión, y con un pequeño intervalo de tiempo, Gourgeón en Francia, y Conceiro da Costa de Portugal, presentaban los primeros ejemplares de poliedros regulares estrellados, hechos de cartón.

Por esta fecha, el mismo Conceiro da Costa, teniente coronel de ingenieros y profesor de la Escuela Politécnica Militar, publicaba una excelente obra titulada *Tratado de Geometría Elemental*, en la cual se hallaban las leyes de derivación, algo distintas de las de Cauchy, para la construcción práctica de los poliedros estrellados. Declarada oficialmente de texto para las

carreras científicas, desde luego se convenció el gobierno portugués del mérito de su autor, así como de sus trabajos en Algorithenia y Trigonometría. A su celo incansable por las Matemáticas, se debe la creación de la Escuela Militar Politécnica, á cuyo fin hizo que se planteara en todo su vigor el decreto de 11 de Diciembre de 1851.

La difusión que de los conocimientos matemáticos se hizo con este motivo, dió al ejército lusitano oficiales distinguidos, sobresaliendo entre otros, D. Antonio Joaquin Pancada, teniente ayudante de cazadores, número 1.

Habia ofrecido este oficial al Sr. Conceiro da Costa una colección de poliedros estrellados conforme al método de derivación expuesto en su tratado de Geometría, y con efecto, el trabajo del Sr. Pancada acaba de ser presentado al consejo literario del 21 del mes de Julio del corriente año. En él después de encomiar el talento del distinguido oficial y lisonjearse de haber obtenido el fruto de sus elucubraciones científicas, se propuso hacerle presente al colegio militar con aplicación á los estudios del mismo.

El Sr. Pancada hizo acompañar á su oferta una Memoria sobre el modo práctico de construir los poliedros, memoria que sentimos no poder transcribir. Pero si diremos que en ella se describen minuciosamente las siguientes construcciones: la del dodecaedro regular estrellado de tercera especie, con caras pentagonales; la del dodecaedro regular de sétima especie con caras pentagonales estrelladas y la del icosaedro.

Estas caprichosas construcciones han producido un curiosísimo y espléndido efecto.

DANIEL RODRIGUEZ.

EL DESPERTAR DE AFRICA

El príncipe Gortschakoff ha definido el porvenir de la Siberia, en esta elegante frase: «una letra de cambio de gran valor, pagadera á larga fecha.» Lo mismo puede decirse del porvenir, de la civilización de África. Con ser muy grandes los resultados obtenidos en estos últimos años, no son nada en comparación de la obra que todavía falta hacer; pero, en todo caso, el resto del mundo empieza á saber lo que es en realidad África, y lo que necesita verdaderamente. En 1830 la civilización acogió como un gran descubrimiento la noticia de que «Juan y Ricardo Landor, después de navegar por el Níger desde Yauri hasta el mar, se habían convencido de que aquel río no es el Congo!» Aun después de esta sorprendente revelación, y en realidad casi hasta el día en que Stanley encontró á Livingsstone, los pocos europeos que se ocupaban de África, creían que era un desierto inmenso, con una población flotante, compuesta de leones hambrientos y de salteadores feroces que andaban siempre corriendo arriba y abajo, montados en caballos ligeros como el viento, sin ninguna causa aparente para tanta prisa, y que vivían muy bien donde no había nada que comer y acumulaban inmensas riquezas donde no había nadie á quien despojar de ellas.

Pero la gran oleada de civilización que ahora rompe sobre el Continente Misterioso, ha disipado de una vez para siempre tales errores, resultando que el supuesto «desierto» contiene extensos espacios de terreno de aluvión tan fértil como la cuenca de Cachemira, selvas donde cabrían todos los bosques de la Rusia septentrional, lagos, en comparación de los cuales parecerían charcos los de Ladoga y Onega, montañas tan elevadas como las cimas más altas de los Alpes ó del Cáucaso, y ríos que forman una serie de vías fluviales tan magníficas como las de Siberia, con la ventaja de ser practicables todo el año. Realmente, la historia venidera de África se escribirá entre las líneas marcadas por el

Nílo, el Níger y el Congo, tan seguramente como la del Asia Central ha seguido el curso del Syr-Darya y del Oxus.

Entre los innumerables beneficios de la guerra hay que contar las facilidades que dá para aprender geografía y construir ferro-carriles.

Millares de personas que, á no haber sido por la cuestión de la frontera del Afghanistan, se hubieran muerto sin saber siquiera que existían Penjdeh, Bala Mureghab y Puli-Khist, conocen ahora esos sitios también como el Parque Central de Nueva-York, ó la isla de Wight, mientras que la guerra del Sudán ha hecho que se empiece la construcción de dos ferrocarriles (el de Snakin á Berber y el de la cuenca superior del Nílo) que los historiadores del siglo XX, clasificarán entre las obras más importantes del XIX, aunque no pasan de ser una cosa insignificante en comparación de la empresa iniciada hace más de veinte años por el ilustre Sir Samuel Baker. A primera vista, el solo anuncio de un proyecto para levantar el nivel del Nílo á tal altura que desaparezcan todas sus cataratas, y se fertilice con el sedimento de sus aguas un desierto tan extenso como lo superficie reunida de Francia y Alemania, puede parecer una cosa fantástica, aún á una generación que se ha abierto paso por el istmo de Suez y ha empezado á perforar el de Panamá. Pero su practicabilidad no admite duda para quien recuerde que, si bien el nacimiento del Nílo está en los grandes lagos ecuatoriales de Victoria y Albert Nyanza, las verdaderas fuentes de su crecida anual son los grandes afluentes que bajan de las montañas de Abisinia.

El plan de Sir Samuel Baker es demasiado atrevido y sencillo para ser explicado en otras palabras que las de su mismo autor:

«El Nílo es un brioso caballo sin arreos; pero poniéndole freno, podría aumentarse considerablemente la fertilidad de Egipto. Con un río que en épocas fijas da una cantidad ilimitada de agua y limo, y que en 1.000 millas tiene un desnivel de 1.500 pies, podría hacerse cultivable una extensión inmensa de terreno. La construcción de una serie de presas haría subir el nivel del Nílo en determinados puntos, desde los cuales podría llevarse el agua por canales á las depresiones naturales del terreno, formando en ellas pantanos desde donde la enorme masa de agua, fuertemente cargada de tierra (que ahora va á perderse en el mar) sería distribuida en los desiertos de Nubia y Libia para trasformarle en *plantíos de algodón, que permitirían á Inglaterra no depender de los Estados Unidos*. Para principiar, se construiría una presa más arriba de la primera catarata, en un sitio donde el río corre encajonado entre colinas graníticas. Estableciéndose otras presas, con los intervalos convenientes, y elevando en cada nivel del Nílo 60 pies, desaparecerían las cataratas, porque las peñas que obstruyen el río quedarían en el fondo. Como abunda la piedra en toda la cuenca del Nílo, no serían grandes las dificultades para los trabajos. Para el paso de las embarcaciones, habría compuertas y canales en las diferentes presas.»

Por colosal que parezca este plan, no sería más que la ejecución en grande escala de lo que los mismos egipcios han hecho ya en pequeña. Entre Alejandria y el Cairo hay una presa que fué construida en tiempo de Mehommet Ali para derivar canales de riego. Todo viajero que haya subido por el Nílo desde Berber hasta Khartum habrá visto á cada paso las *sokyehs* (norias), de 30 pies de diámetro, movidas por una pareja de bueyes. El gobierno, ó mejor dicho, el desgobernado de Egipto se caracteriza sólo con el hecho de que, en lugar de proteger y animar estas débiles tentativas de mejora, ha puesto una crecida contribución sobre las norias, 760 piastras egipcias (175 pesetas) al año. Pero los efectos producidos por ese método primitivo de riego, demuestran sobradamente que grandes resultados pueden esperarse de un sistema regular de

cultivo, sostenido por los poderosos recursos de la civilización y de la ciencia.

El pronóstico de Sir Samuel Baker respecto á la transformación de los desiertos de Nubia y Libia en plantíos de algodón, no es ninguna exageración poética. En Assuan, en Berber, en Puerto-Said, en ambas orillas del Canal de Suez, puede verse crecer una lozana vegetación sobre una capa de tierra llevada de lejos y extendida sobre las abrasadas arenas del desierto. Durante la última guerra de América, Egipto suministró á Inglaterra grandes cantidades de algodón de excelente calidad. Cuando las plantaciones de algodón del Nilo se extiendan desde la frontera del alto Egipto hasta la de Abisinia, el bajo Egipto quedará libre para producir magníficas cosechas de trigo, como las que, hace dos mil años, abastecían á la república Romana.

La elevación del nivel del Nilo haría también navegable este gran río desde su embocadura hasta Gondokoro (punto que está á corta distancia de los grandes lagos ecuatoriales), destruyendo de un solo golpe los múltiples obstáculos que paralizaron durante un año entero todos los esfuerzos del heróico Gordon. Cuando se haya abierto en el corazón del Africa ecuatorial aquella inmensa vía fluvial, la civilización europea penetrará en muchas regiones salvajes. Y en la actualidad avanza desde el Sur otra vía por tierra, para encontrarse con la del Norte. El establecimiento de navegación á vapor en el Zambezi en su afluente el Shiré (que lo une con el lago Nyassa) y en el mismo gran lago, ha formado una línea de comunicación que, cuando se termine el camino de carros entre el lago Nyassa y el Tanganika, abrirá un camino directo y fácil desde la costa de Mozambique hasta una distancia comparativamente corta del lago Victoria Nyanza y del punto de partida del Nilo. África, entonces, quedará cruzada por una vía sin solución de continuidad desde la embocadura de Zambezi hacia la rada de Alejandria.

Pasemos ahora al Niger, el cual, aunque citado por Herodoto y marcado con alguna exactitud por Estrabon y otros geógrafos clásicos, no tienen casi historia, en comparación con la remota antigüedad del Nilo. Hasta una fecha relativamente reciente se le confundió por algunos con el Congo, por otros con el Senegal y por otros con un afluente del Nilo. Sus fuentes no fueron completamente exploradas hasta 1869, por Winwood Reade, pariente del célebre novelista inglés. Las exploraciones de Reade, unidas á las del comandante Laing, Caillé, Barth y de los hermanos Landor, dieron al mundo una idea bastante exacta del curso y de las condiciones de navegabilidad de aquella gran arteria tropical, en la cual está el porvenir del África occidental, porque el proyecto de M. de Lesseps para convertir todo el Sahara en un pequeño Atlántico, no tiene, al parecer, más que un inconveniente: el de ser imposible.

El curso del Niger forma exactamente la figura de una V gigantesca, vuelta del revés, y cruza en toda su anchura la feraz región situada entre el Sahara y el golfo de Guinea. Subiendo por la falda oriental del Monte Loma, (que separa su nacimiento del del Senegal), atraviesa los territorios de muchas tribus completamente salvajes.

A unas 200 millas de su nacimiento pasa por Sago, la capital de los Bamarras, una especie de Rotterdam africano, y más allá, por Jenné, otro centro de tráfico del Africa Occidental. Baña despues los derruidos muros de Timbuctú, y al llegar á la inmensa población de Yauri, alcanza una anchura de dos millas, corriendo con una rapidez y una impetuosidad terribles, hasta formar la catarata de Busa, cerca de la cual fué muerto el explorador Mungó Park en 1805.

El Niger tiene 2.500 millas de curso y desemboca en la ensenada de Biafra. El más importante de sus afluentes es el Benué, por otro nombre el Tchadda, que es navegable hasta Yola,

ciudad situada á 400 millas del punto de la confluencia de los dos rios. Por esta vía podrian establecerse relaciones comerciales entre los puertos de Guinea y la capital del gran territorio interior del Bornú. La política británica, de crear en el Africa Occidental una gendarmería indígena, compuesta exclusivamente de houssas, ofrece un medio excelente de trabar relaciones amistosas con esta tribu belicosa, que ocupa toda la región situada entre los rios Banué y Sackatú.

Los cuatro jefes houssas que desembarcaron en Liverpool el 5 de Mayo de 1885, para aprender la táctica y disciplina de los blancos, volverán á sus hogares contando maravillas del poderío y esplendor de Inglaterra.

Los houssas son casi civilizados, en comparación de los feroces tuaregs, sus vecinos por el Norte, y de los crueles dahomeyanos, que lo son por el Sur. Sus campos están bien cultivados. Sus costumbres, lo cómodo de sus viviendas y hasta su traje, los hacen parecer muy superiores á las tribus circunvecinas. Sokoto, la capital nominal del país de los houseas, está bien edificada y amurallada. Mejor todavía es Kano, que figura como uno de los centros de comercio más importantes del África ecuatorial. Sus muros de 30 pies de altura y 15 millas de circunferencia, tienen 15 puertas de madera revestida de planchas de hierro. Sus casas son como las de los moros.

El mercado es grande y limpio y tiene un administrador que alquila los puestos y fija el precio de los artículos.

Por medio de los guerreros houssas que están á su sueldo, tiene Inglaterra una gran ocasión para establecer relaciones comerciales con aquel magnífico país, y para abrir al tráfico un camino directo desde la costa del golfo de Guinea hasta Sokoto. No es necesario encarecer las ventajas de tal empresa. La cuenca del Sackatú está considerada como uno de los graneros de África, y con un sistema perfeccionado de desagüe y cultivo, puede llegar á ser diez veces más productiva. Las lomas que hay entre Sokoto y Kano, son muy apropiadas para el cultivo del café.

El tabaco, el añil y la goma abundan en la parte central de la cuenca del Niger. La «Costa del Marfil» merece todavía su nombre (como pueden atestiguar los traficantes de Sierra Leona y San Pablo de Loanda, el único fondeadero cómodo y seguro es la rada que hay más adentro de la embocadura del Congo, donde, según el amigo de Stanley, Mr. Johnston, puede fondear una armada entera á cincuenta varas de la playa. No es de despreciar esta ventaja, porque basta echar una ojeada al mapa para comprender que el Congo es la salida natural de toda el África meridional. Hasta que no se sepa con seguridad si el Wellé, río descubierto en 1870 por Schweinfurth, á cien millas del afluente más próximo del Nilo Blanco, es ó no, un afluente del Congo, no podrá estudiarse la posibilidad de poner en comunicación al Congo con el Nilo; pero el plan formado por los alemanes para establecer una comunicación entre Zanzibar y las fuentes del Congo, no solo está reconocido como practicable, sino empezado ya. La Asociación africana internacional ha cedido á Alemania toda la región situada al Oriente del alto Congo, en la proximidad de los lagos Tanganika y Victoria Nyanza; y una compañía alemana, autorizada por privilegio imperial, estudia el trazado de un camino desde Zanzibar al Congo.

En una palabra, todo parece dispuesto para

el «tranvia» que Mr. Stanley dice ser «lo único que necesita en Africa» y su testimonio es concluyente respecto á los grandes resultados que pueden esperarse del mejoramiento de un país como el de Zanzibar: «Durante muchos años se han exportado cueros, marfil, goma elástica, goma copal, conchas de tortuga, canela, pimienta, clavo y corchilla; pero esta enumeración de productos, no marca ni la décima parte de los que podrian obtenerse con una prudente inversión de capitales. El cocotero se dá bien en la isla de Zanzibar, y la palmera de aceite, en Femba; y la caña de azúcar podria cultivarse en todas partes. En las orillas del Rufiji se siembra el arroz. Los cereales, el ganado, el café y las cabras del interior del país esperan también al capitalista emprendedor y al comerciante activo.»

El camino proyectado por los alemanes cruzará en el extremo meridional del lago Tanganika con el que construyen los ingleses desde el lago Nyassa al río Zambezi, y desde allí seguirá, bien al Oeste, al lago Moero, bien al Sudoeste-cuarto-Sud, al lago Bangüeolo, en cuya ribera meridional murió, doce años ha, el célebre Livingstone. En aquella meseta, situada á 3.683 pies de altitud, donde acabó la vida del anciano explorador empieza la del río Congo. Despeñándose desde lo alto de las montañas de Chibalé, cae en el lago para salir con nueva fuerza y nuevo nombre. Desde allí corre con rapidez hasta el lago Moero, que está 700 pies más bajo que el Bangüeolo, donde cambia el nombre de Luapula por el de Luvua, y precipitándose en el lago Olenge sale con el nombre ya célebre de Lualaba.

A unas cincuenta millas más allá del lago Olenge, en un sitio donde la corriente del Lualaba tiene cerca de una milla de anchura, desemboca el río Luama. Y desde allí, el gran río justifica la descripción hecha por Abed Ben Jumah á Stanley: «Corre hacia el Norte, siempre hacia el Norte, y parece que no acaba nunca de ir hacia el Norte.» Pasa por el pueblo de Niangwe, situado á 338 millas al Oeste del lago Tanganika, y atravesando intrincadas selvas, llega á los platanales de Hinya Njara, donde todas las noches llovia flechas envenenadas sobre el gran explorador, en una serie de combates que merecen compararse con el de las Termópilas. Por entre innumerables islas cubiertas de bosque, sigue el Congo, ensanchándose cada vez más, hasta las siete cataratas que llevan hoy el nombre de Stanley; recibe el río Aruwimi en el punto donde Stanley y su gente sostuvieron durante tres días un combate homérico contra una hueste considerable, y de allí se dirige hacia el Oeste hasta el lugar, ahora célebre, donde el anciano jefe de Rubunga, al preguntarle Stanley cómo se llamaba aquel río, contestó: «Ikutuya Congo.» (Se llama el Congo.)

Nadie que sepa lo que es verdaderamente una selva africana, dejará de comprender los obstáculos ya vencidos en el Congo, y los que quedan por vencer. Los exploradores de Africa no tienen ningún enemigo más terrible que aquellas misteriosas selvas, demasiado espesas para atravesarlas, demasiado llenas de humedad para incendiarlas; en las cuales, tan pronto como se pone el sol, se vé levantarse la neblina que produce las fiebres, como el vapor que sale de una caldera de agua hirviendo. «Helechos, cañas y plantas orquídeas» dice Stanley, «mezcladas con viñas salvajes, *ficus elásticas* gruesas como cables, mimosas, acacias, tamarindos, lianas, palmeras de todas especies, se disputan el terreno y crecen con una lozania que únicamente aquella atmósfera de invernadero puede dar. Oscuridad, humedad viscosa, atmósfera malsana, paisajes monotonos, un laberinto por donde no se puede avanzar sino arrastrándose.»

Sin embargo, un río de 2.900 millas de curso, engrosado por afluentes, en comparación de los cuales el Sena y el Hudson no son más que arroyos, y que desagua en el mar por una boca de

siete millas de anchura, con una corriente de seis millas por hora, tiene que llegar á ser forzosamente una de las grandes vías comerciales del mundo, hagan lo que hagan para obstruirlo sus selvas y sus cataratas. Detallar el porvenir comercial del Congo, sería reproducir la última obra de Stanley; pero los resultados ya obtenidos y los que están para obtenerse, pueden expresarse brevemente, con las mismas palabras del gran explorador:

«Desde la embocadura del Congo, un vapor de 15 pies de calado puede navegar 110 millas, que es la distancia hasta Vivi (una de las principales estaciones de la Asociación internacional.) Desde allí hay que andar por tierra, hasta otra estación, 52 millas, para evitar el paso de la catarata de Yeilala. Embarcándose de nuevo, se recorren 88 millas hasta un punto frente al cual se han establecido estaciones en ambas orillas. Después de otra marcha por tierra, de 95 millas, se llega á la población de Leopoldville, en la entrada de la Hoya de Stanley (*Stanley Pool*), desde donde pueden recorrerse sin interrupción 1.060 millas inglesas. Flanqueando con un camino corto las cataratas de Stanley se atravesarían 350 millas más, río arriba, y pasado otro camino de dos millas, quedaría otra extensión navegable de 650. Además, el curso navegable de los principales afluentes del Congo no baja de 2.000 millas. En las orillas del gran río se han construido 13 estaciones en los sitios más convenientes, entre tribus pacíficas que se avienen muy bien con los europeos.

Es imposible desconocer la importancia de estas medidas, que enlazan el tráfico interior del alto Congo con el comercio costero. En 1883 se calculó en 14 millones de pesos el valor anual del tráfico local; y ahora que la Conferencia de Berlín ha desechado las absurdas pretensiones de Portugal y establecido la libertad de comercio en toda la cuenca del Congo, hay motivo para creer que el tráfico aumentará rápidamente. Limitada al Norte por la divisoria del Nilo, al Sur por la del Zambezi y el Logé, al Este por el lago Tanganika, y al Oeste por el Océano Atlántico, aquella extensa región comprende casi toda la parte meridional del Africa Central, teniendo una longitud de 1.400 millas por una latitud de 1.200 y una superficie de 1.300.000 millas cuadradas. Su población se calcula en 40 millones.

Sólo en una de las comarcas del alto Congo, contó Stanley catorce aldeas grandes en un espacio muy limitado.

Entre las producciones de la cuenca del Congo enumeradas por Stanley se hallan el aceite de palmera, el cazabe, el plátano y otras frutas, el vino de palmera, el cobre y el hierro, el cinabrio, el tabaco, la caña de azúcar, habas, maíz, mijo, batatas, pescado, huevos, goma elástica y marfil. Este último artículo abunda tanto en el alto Congo, que en una aldea de la comarca, próxima á la confluencia del Aruwimi, hay según se dice, un «templo de marfil» formado por una techumbre sostenida por 33 colmillos de Elefante muchos de los cuales son de un tamaño enorme.—Los principales artículos de importación son: paños, telas de algodón, vidriado, quincaillería, sal, fusiles y pólvora, teniendo los tres primeros una gran demanda, en la actualidad, dice Stanley, «la cantidad de géneros de algodón baratos que se venden anualmente en los mercados del Congo, sube á 6.250.000 yardas, y suponiendo que cada uno de los habitantes de la cuenca del Congo, se hiciese un traje nuevo todos los años, se necesitarían 320 millones de yardas.

La Hoya de Stanley, á 346 millas de la embocadura del río; con 24 millas de largo por 16 de ancho, llena de islas grandes y completamente abrigadas por montañas, cuya elevación varía entre 1.000 y 3.000 pies, es un puerto admirable para el comercio local. La comunicación entre Leopoldville y Vivi por un ferrocarril de 235

millas de longitud, salvando las formidables cataratas de Yellalo, Isangila, etc., unirá prácticamente las cuencas altas y bajas del Congo y dará una impulsión grandísima al comercio de la cuenca entera, cuyo valor anual, cuando alcance la plenitud de su desarrollo, está calculado por Stanley en 350 millones de pesetas.

Pero estos grandiosos resultados no se conseguirán de un golpe. Mr. James Irvine, de Liverpool, que ha vivido muchos años en la costa occidental de Africa, me decía poco antes de mi salida para el Congo: «Esa empresa africana ha de tardar veinticinco ó treinta años en desarrollarse. Es indudable que el establecimiento de la libertad de comercio acabará con las guerras entre las tribus; pero creer que Africa ha de ser un segundo Perú, donde se cojan riquezas como si fueran guijarros es un absurdo. Que se harán allí buenos negocios, y muy pronto, es cosa segura; pero hay un inconveniente grandísimo, que solo el tiempo puede quitar.»—«¿Supongo que se referirá usted al clima?»—le pregunté yo.—«Por supuesto, que el clima entra por algo, aunque el del Congo no es, ni con mucho, tan malo como el del Níger, pero la principal dificultad no está en el clima, sino en los indígenas mismos, que son tan aturdidos y caprichosos como unos chiquillos.»

Todo esto es verdad, pero cuando se haya logrado vencer estos obstáculos, la gran obra adelantará rápidamente. Muchos hombres hay en los Estados Unidos, cuyos padres recuerdan la época en que, inmensas selvas pobladas por tribus salvajes, cubrían toda la hermosa región por donde ahora corren los trenes desde el lago Jorge hasta Albany y Nueva York. Pues lo mismo pasará con Africa. Al finalizar el siglo XX, el rey Luteté IV solicitará la administración de Correos de Manyanga, y el rey Kamrasi V practicará como fondista un sistema más productivo de latrocinio que el que sus ilustres antepasados practicaban como bandoleros. Algun autor pintarrajeado escribirá el último tomo de su *Fundación de la República del Congo*, entre un círculo de suscritores wawas. Sir Cannibal Machete, presidente de la Junta de Comercio de Nyangwe recibirá á comisión de viajeros árabes, de las grandes casas de comercio de Timbuctú y Gondokoro, mientras que todos los periódicos de la cuenca del Congo, desde «El Vapor del lago Brangweolo» hasta «La Caravana de Kabenda», publicarán las listas de los viajeros elegantes que hayan llegado á las fondas de Vivi ó Isangila, la descripción de la ceremonia de descubrir la estatua del presidente Stanley, ó el catálogo de la gran exposición industrial celebrada en Leopoldville el año 2001.

DAVID KER.

FEAS Y HERMOSAS

Henry de Pere, el ingenioso cronista de las elegancias mundanas que hacen crujir la seda en los salones de París, acaba de pintar en un precioso libro la vida estéril y vacía de una mujer demasiado hermosa. *Trop belle*, es el título del estudio psicológico de una mujer absorta en la contemplación y en el culto de su belleza.

Muy hermosa, escribieron unánimemente los revisores de salones, cuando ella á los dieciocho años se presentó en el mundo. ¡*Hermosísima!* exclamaron con la admiración que inspira una obra perfecta de arte, cuantos la vieron, y estos juicios, confirmando el de su madre y el de cuantos la habían visto desde muy niña, acabaron de desarrollar el único amor que tuvo en su vida: el amor de sí misma.

Porque jamás amó á nadie: ni á su buena é imprudente madre que la consideró como un objeto de lujo, ni á su marido, con quien se casó sólo por poder alterar legalmente la sencillez de su traje de soltera, ni á su hijo, cuya venida al

mundo la asustó por el riesgo en que pusieron á su belleza los sufrimientos de la maternidad.

Y si ella no ha amado á nadie, no ha inspirado tampoco nunca una gran pasión: *demasiado hermosa*, dice todo el mundo contemplándola como una bella estatua, y sus años se deslizan entre el torbellino de la vida elegante, contentándose ella con desempeñar el primer papel en los salones y con escuchar el rumor de los elogios que arranca su presencia y el murmullo de las insustanciales galanterías que llegan sin cesar á sus oídos.

Llega un día en que la vejez se presenta inconsiderada y terrible; la hermosa cabellera necesita, más que el oloroso aceite que aumentaba el brillo de sus ondas, el tinte químico que oculte los hilos de plata, y en los artísticos tonos del tocador, hay que buscar, más que la perfección y corrección de la belleza, auxiliares poderosos para luchar contra esos enemigos terribles que se llaman los años.

La bella entre las bellas se siente envejecer; y como una soberana, ante el estallido de la revolución que conmueve los cimientos de su trono, se estremece ante el peligro que puede hacer caer de sus manos el cetro de la eterna hermosura, y siente el deseo de probarse á sí misma que es todavía omnipotente su belleza, inspirando una gran pasión.

Pero es demasiado tarde; la que no amó nunca no puede ser amada; aquella mujer no sabe lo que es pasión; el hielo la rodea, y la primera cita con el hombre que se ha propuesto seducir, una cita en un cuarto preparado al efecto, termina sin que el hielo se rompa, jugando los dos amantes una partida de *besigue*.

El día en que se la cae por primera vez un diente, casi la pone al borde del sepulcro la idea de que puede saber el mundo que ha quedado su hermosa boca viuda de una de sus treinta y dos perlas.

Hay algo como el empalago del dulce, como la frialdad del hielo, como la insensibilidad del mármol, en la vida de las mujeres demasido hermosas, que hacen de su belleza el culto de su vida; se las admira, pero no se las ama, porque no basta sólo la belleza para inspirar los transportes de la pasión.

Y si no, reparad cómo mujeres que no eran modelo de hermosura han sabido inspirar grandes y vehementes pasiones; la Princesa de Eboli, la mujer amada nada menos que por Felipe II y por Antonio Perez era bizca, y no deslumbraba ciertamente por su belleza. Cleópatra no tenía, si hemos de creer á cronistas de su época, la corrección que exige la estética en sus facciones; la mujer que más amó el voluble é inconstante Luis XIV, no fué la arrogante Mad. de Montenu, sino la humilde y modesta Mlle. Lavalliere, aquella joven coja que pasó desapercibida en la Corte, hasta que el rey se fijó en ella; la Princesa de los Ursinos no estaba en la primavera de su vida cuando subyugó la voluntad de Felipe V. Ni Maria Luisa, ni la Condesa Duquesa de Benavente eran rigurosamente unas bellezas, y nadie puede negar que fueron amadas y aún más amadas de lo que exigía la moral.

En el famoso Hotel de Rombouillet, en aquella corte de la primavera eterna donde estaban Mlle. de Montpensier, Mad. de Longueville, Carlota de Montmorency, Mad. de Sevigné, Mad. de Lafayette, Mlle. de Seuderi, Mad. de Sable, el escuadrón volante del ingenio, no era la belleza lo que dominaba.

¿Pero á qué apelar á la historia? La mujer amada vehementemente por el más insigne de los críticos españoles modernos, por el malogrado *Figaro*; la que puso en sus manos el arma fatal que le arrebató la vida, no hubiera arrancado al pasar por los corrillos de la Puerta del Sol, según testimonio de los que la conocieron, el más insignificante requiebro.

Las dos Condesas, séales la tierra ligera como

fué su cabeza. Las dos Condesas de la generación presente que más adoradores reunieron, no fueron precisamente las más hermosas. Y sin ir tan lejos, hoy mismo ¿no se podrían citar los nombres de muchas mujeres que tienen encadenados á su voluntad hombres ilustres, que son heroínas de historias, ú objetos de pasiones vehementes y que, sin embargo, para la generalidad de las gentes, no tienen nada de particular?

Sólo los viejos cansados buscan la irreprochable belleza física, como se busca un bibelot; sólo en los mercados donde el amor se cotiza tiene predominio la belleza irreprochable. El idolo levantado en el pedestal del lujo, por la vanidad de un señor disipado, tiene que ser muy hermoso, como la mujer del harém que no inspira pasiones y se olvida y se sustituye, como se reemplazan en el jarrón las flores marchitas, por otras frescas y olorosas.

Pero la mujer que impera en el alma, la que no se olvida, la que deja huellas, la que provoca las risas inefables y arranca las lágrimas que escaldan, esa es muchas veces, para la generalidad, para el vulgo, para el que no la conoce, una mujer fea.

Y la mujer fea, en realidad, no existe; desde el momento en que es mujer, es elemento de belleza. Un aficionado entusiasta del producto de la cepa, dice que hay vino peor y más bueno; pero malo, nunca. Lo mismo puede decirse de las mujeres; las habrá más ó menos hermosas; pero feas nunca. Claro es, que no se habla aquí de los monstruos.

El amor para el hombre inteligente y civilizado, no es sólo voluptuosidad como para el Sultán embrutecido en el harém ó como para el viejo, cuyos sentidos adormecidos necesitan para despertar algo como la mostaza para el paladar cansado.

Los hombres de más fortuna en cuestión de amores, no han sido siempre los más gallardos; éstos suelen ser el objeto de la adoración de las que están en el ocaso de la vida y de las desgraciadas que compran lo que pueden adquirir por otros medios. Se comprende que monsieur Alphonse tenga que ser bella presencia; pero se explica perfectamente que no le hiciese á Mirabeau maldita la falta la belleza física.

Lo mismo puede decirse de las mujeres: podrá ser indispensable la irreprochable belleza física para cambiar los harapos por la seda, las chancas por el *milord* ó la carretela de *ocho muelles*; pero la pasión enloquecedora, la que lleva á la felicidad ó la que conduce al suicidio, la de los sacrificios y las abnegaciones, la que es más que calor, fuego, más que aroma embriaguez de perfumes, esa pueden inspirarla mujeres que no son rigurosamente hermosas, que no tienen el culto empalagoso de su belleza, que no están acostumbradas á la adulación incesante, que no han hecho de su tocador un templo y de su persona un idolo.

La belleza más perfecta desaparece cuando una luz se apaga, cuando una persiana se baja, cuando una cortina se corre; y allí donde el verdadero amor impera, es más grata que la indiscreta luz eléctrica, la lámpara cuya pantalla esmerilada templada el esplendor dándole suaves y dulces tonos.

Fryne y Susana deslumbraron á viejos. Catalina de Rusia dirigió un poderoso imperio.

Una mujer muy hermosa, según la tradición, la Caba, fué funestísima para España, é Isabel la Católica, que redimió y engrandeció la nación, no fué, según los retratos auténticos, una gran belleza física.

La mujer que más influencia ejerció en la de Felipe IV, no fué ninguna de sus bellas amantes, sino la humilde religiosa que desde modesta celda del monasterio de la Concepción Descalza de Agreda, le escribía las admirables cartas, cuya publicación reciente debemos á la

ilustración de dama tan esclarecida como la marquesa de Casa Loring.

Cuando la heroína de *Trop Belle*, la preciosa novela de Henry de Pere citada al principio de este artículo, murió, no obtuvo más oración fúnebre que el siguiente diálogo cambiado entre dos que acompañaban su entierro:

—Confesémoslo: la bella Hebe fatigaba con su manía de ser siempre la más bella.

—Es que lo era, sin duda alguna.

—Quizá; pero lo sabía demasiado, y lo era hace mucho tiempo. Paso á la novedad, ¡qué diablo!

A pesar de cuanto va dicho, no deben enojarse las lectoras bellas. Su poder no puede quebrantarse en lo más mínimo; que no faltarán nunca cortesanos á la belleza.

J. G. ABASCAL.

CONGRESO DE VINICULTORES DE 1886

TEMA TERCERO

Medidas eficaces para limitar la importación de alcoholes industriales.—¿Será posible y conveniente la aplicación del sistema prohibitivo para llegar á este fin?—¿Daría mejores resultados la destilación de las brisas?

SEÑORES:

No hay duda que si importantes son las cuestiones que se han discutido en días anteriores en este ilustrado Congreso y las que aun faltan por discutir, no lo son menos ni cejan en interés para nuestro país las que envuelve el tema tercero, referente á las «medidas eficaces para limitar la importación de alcoholes industriales.—¿Será posible y conveniente la aplicación del sistema prohibitivo para llegar á este fin?—¿Daría mejores resultados la destilación de las brisas?»

Tema es éste que lleva en su seno mezclados en revuelta confusión el aumento del movimiento comercial de nuestro país y su decrecimiento industrial; el abandono de antiguas fabricaciones y el temor de emprender otras nuevas, por costosas y complicadas para los cosecheros de escasos rendimientos, y, por último, el bienestar y la salud de los unos y el embrutecimiento y la muerte para los otros.

Señores, si, importancia y de primer orden tiene el presente tema, cuya sola enunciación deja entrever la lucha de los que se oponen á la invasión de los alcoholes industriales en nuestros mercados, y los que desearían su entrada franca y libre de toda carga; entre los que nos consideran tributarios de la industria extranjera, y los que aspiran á que este tributo siga para poder dar mejor salida á sus vinos ó poder acrecentar los productos industriales para cuya fabricación son precisos los alcoholes que se discuten.

Precisamente al contemplar esta importancia, las dudas y encontradas opiniones que dicho tema lleva consigo, á la vez que la responsabilidad moral de sus conclusiones al comparar la trascendencia que para nuestro comercio y nuestra industria encierra el tema con mis casi fatigadas fuerzas es cuando lamento haber sido designado para iniciar un debate que, sin duda alguna, hubiera tenido mejor principio con cualquiera de mis dignos compañeros de Comisión.

Sin embargo, como debo doblegarme ante la necesidad imperiosa de cumplir con este deber, prescindo de mi natural temor y entro en el asunto directamente, deseoso de escuchar vuestras opiniones y confiado en vuestra benevolencia.

De algunos años á esta parte, y por causas bastantes conocidas de los viticultores y cosecheros, han alcanzado nuestros vinos de pasto precios á que nunca llegaron, lo que, en general, hace difícil, ya que no imposible, su empleo como base de producción de aguardientes y de alcoholes, aun por los mismos que antes los quemaban y que han empleado sumas no pequeñas en adquirir las antiguas destiladoras.

De esta dificultad resulta para nuestro país, en primer término, un gran desequilibrio entre la producción alcohólica y su consumo, siempre creciente; desequilibrio que se traduce por un enorme aumento en la importación de los alcoholes; y en segundo término, la urgente necesidad de adquirir éstos al precio más bajo posible, y las continuas demandas á la industria de productos de fermentación y destilación que puedan ser utilizados, ya en el encabezamiento de los vinos, ya en la fabricación de licores y aguardientes, ó ya también para la obtención de los múltiples productos de la industria que en artes y en ciencias se emplean, para los que se necesita el alcohol como medio disolvente ó de conservación.

Pero de estas peticiones á la industria, de esta baratura de los alcoholes y del aumento de consumo ha resultado un gravísimo inconveniente, que, con justicia, tiene alarmados al legislador, al higienista, al frenólogo, al que procura el mejoramiento de las últimas clases sociales y á discretos y virtuosos sacerdotes, y que ha sido objeto de amplias investigaciones y discusiones entre los sabios y de luminosos informes de eminencias, como los doctores Baer, Brosius, Reich y Wolffüger, en Alemania; Porter, Bateman y Hardwick, en Inglaterra; Moor, Böns y Richald, en Bélgica; Baudrimont, Richey, Dubois, Lancereaux, Engel, Ladreit de la Charrière, Lœvenberg y otros muchos, en Francia, auxiliados en la propagación de sus ideas por brillantes pléyades de economistas, periodistas, fabricantes y directores de presidios de todos los países.

En el nuestro, por fortuna, no ha tomado hasta hace poco, incremento el consumo de dichos alcoholes de industria; pero hoy que su uso se va generalizando, es justo que se trate de poner coto á sus fatales consecuencias para la salud pública y el que se entable la presente discusión.

Para ocuparse de estos efectos de los alcoholes industriales en la salud de los pueblos, y para evitarlos mientras se pueda, ó combatirlos por cuantos medios tienen á su alcance la higiene y la moral, se han reunido varios Congresos, y entre otros puede citarse el internacional de París, celebrado en el mes de Agosto de 1878, en el que bajo diversos aspectos, pero principalmente bajo el higiénico, se demostró cuán perniciosos son á la salud los alcoholes impuros, y cuán fácilmente acortan y degeneran la vida humana al producir ese azote de los pueblos, ese terrible fantasma de las clases necesitadas y de los intemperantes, que se llama alcoholismo.

En los extractos de aquellas discusiones puede verse cómo los alcoholes monoatómicos, á medida que se alejan del etílico contenido en el vino, obran con más poder letal sobre nuestra economía y producen más fácilmente el alcoholismo. También en los trabajos de los fisiólogos prácticos de todos los países se pueden comprobar los poderes dinámicos de los alcoholes; limitándome ahora á citar solamente al reputado Dr. Cros, que deduce que el alcohol amílico es quince veces más enérgico que el etílico, y que el propílico aun es más perjudicial que aquél.

Todos cuantos aquí estamos conocemos la fabricación de los alcoholes industriales, y sabemos que cuando su destilación se apura ó se efectúa en malos aparatos, pasan con el alcohol etílico los alcoholes amílico, propílico y butílico, que constituyen la impureza de los alcoholes hoy puestos á la venta, procedentes de algunas fábricas extranjeras.

Alcoholes cuyos precios rayan en lo inverosímil por su baratura, y que hubiesen sustituido al alcohol producido por la destilación del vino, aun en el caso de que este no alcanzase el precio que hoy alcanza, para otras aplicaciones; pero que hoy sustituyen á éste, según va dicho, en el encabezamiento de los vinos, ocasionando su descrédito, y en la fabricación de licores y aguardientes, haciéndoles hasta venenosos.

Sustitución desdichada, es verdad: pero consentida, y hasta cierto punto protegida por

los bebedores. ¡Sustitución que, lejos de ofrecer garantías para la salud pública, origina la alteración de ésta, el aumento del pauperismo, de la criminalidad y de la locura!

Y hé aquí por qué buscamos ahora medidas eficaces para limitar la entrada de los alcoholes que produce la industria extranjera, y por qué hemos de tratar de hallarlas.

Desde luego, y en vista de lo que antecede, parece que debía prohibirse la introducción y aun la fabricación de alcoholes industriales. Pero ¿es posible y conveniente hacerlo?

Dicen algunos que prohibiendo dicha introducción nos libraríamos del temible enemigo del alcoholismo, pero no lo creo así.

No lo creo posible, porque á pesar de la prohibición seguirían entrando en España fraudulentamente dichos alcoholes; porque al atender á las justas reclamaciones de los perjudicados en sus intereses, tanto en nuestro país como fuera de él, habrían de hacerse concesiones que volvieran inútil semejante prohibición; porque con ésta se contribuía á la muerte de las fábricas de aguardientes y licores que hoy funcionan (algunas en Cataluña con gran actividad), cuyas fábricas no podían sostenerse con el alcohol producido en España, tanto más, cuanto que creo que debemos protegerlas ahora que nuestros viñedos están amenazados de terribles enfermedades, las que, aun en el caso afortunado de no prosperar con los recelos que despiertan, han de subir, ó por lo menos sostener los precios de los vinos.

No creo la prohibición conveniente, porque al impedir entrar los alcoholes de industria extranjeros, tendremos que impedir también la producción de los nuestros, en cuya fabricación hay invertidos capitales de consideración dignos de respeto, capitales empleados en sostener familias de obreros, que quedarían con la prohibición sumidos en la miseria, y porque nuestro Tesoro no está, según sabemos, actualmente en estado de renunciar á la cifra poco despreciable que le produce dicha importación. Tampoco creo la prohibición conveniente, porque no es lícito privar de estas primeras materias á las industrias que de ellas necesitan.

Y no se escandalicen los que esto escuchen, pues que nuestra opinión está apoyada en consideraciones muy atendibles.

En las obras modernas de medicina, especialmente en las de farmacología, no está prohibida la preparación de medicamentos con alcoholes industriales, según puede verse, entre otras, en el *Diccionario de Ciencias Médicas*, aun no terminado, de Dechambre, artículos «Alcohol» y «Alcoholes», en los que se admite la sustitución del alcohol etílico por los alcoholes de industria rectificadas.

La cantidad del alcohol amílico—que es el que más fácilmente pasa por destilación—que impurifica al alcohol industrial, no resulta peligrosa ni empleada en fabricar licores, ni en encabezar los vinos, porque los fabricantes de aquéllos se cuidan muy bien de rectificar los alcoholes que compran para quitarles el mal gusto que producen en el paladar, y, por tanto, la cantidad ingerida por el que ha de usar prudentemente de los licores es casi insignificante. En cuanto al alcohol que encabeza el vino, podemos decir lo mismo, y creo firmemente que más desdichas y más víctimas causa el alcoholismo por la intemperancia de los bebedores, que por la malignidad de los alcoholes que acompañan al etílico.

Esto, aparte de que el cosechero que encabeza el vino con el alcohol sospechoso está en igualdad de condiciones que aquel que le colorea con fuchsina, puesto que por un pequeño aumento en el precio de aquéllos puede adquirir en nuestras fábricas alcohol bien rectificado que merezca su confianza.

Se quejan los cosecheros del descrédito que sufren nuestros vinos por la adición de alcoholes impuros. Pero ¿á qué precio le venden éstos en forma de vino?—¿No es posible, ya que no se destilen las brisas, encontrar fabri-

cantes honrados que separen del alcohol extranjero la parte nociva para la salud?

¿Se opuso nadie á la entrada y venta de la fuchsina porque ésta podía emplearse para dar color á los vinos?

Creo que, no solamente no hay necesidad de recurrir á la prohibición de entrar los alcoholes, sino que tampoco es oportuno el mezclarlos con sustancias colorantes, salinas, acres ó amargas, á fin de evitar que se empleen para fabricar aguardientes, porque aun así no se conseguiría nada práctico, pues que sólo se perjudicaba al industrial que ha de emplear los alcoholes para su fabricación, y no al que, impulsado por deseos de lucro, buscase medios decolorantes ó de separación de las sustancias añadidas bastante al alcance de su mano y emplease impunemente los alcoholes impuros.

Tampoco soy de opinión de que se recarguen los derechos de entrada de los alcoholes de industria, pues que con ello no se alcanzaría más que la subida del precio de los aguardientes y de las sustancias que con aquellos se fabrican, sin mejorar por ello gran cosa la situación de los que tengan ó proyecten tener en España fábricas de alcoholes.

Más práctico sería, en mi entender, facilitar por todos los medios que estén á nuestro alcance la multiplicación de fábricas de rectificación, en las que, en virtud de los diversos puntos de ebullición de los alcoholes, pueden separarse unos de otros, librando así el alcohol etílico que haya de usarse de la mayor parte ó del total de los otros alcoholes nocivos.

Esto, la rebaja de los derechos de importación de los cereales que producen alcohol, el aumento del cultivo del maíz en nuestro país y la propagación del cultivo de otras sustancias cuya fécula ó cuyo azúcar produce alcohol por fermentación y destilación, son medios más decisivos que el prohibir la entrada de una primera materia tan necesaria hoy en nuestro país.

Ha llegado ya su turno á la segunda interrogación del tema. Puesto que la prohibición no creemos que es conveniente ni posible, ¿daría más resultados la destilación de las brisas?

Aquí nos hemos de detener poco, pues que salta á la vista que si se destilan las brisas, sin la presencia del orujo, obtendremos alcohol de buena calidad. Pero es preciso que no haya orujo en los aparatos de destilación, pues que, de haberlo, obtendríamos, además del etílico, otros alcoholes semejantes á los que hay en el alcohol industrial.

Existen en el Campo de Calatrava, en Manzanares y otros puntos, fábricas montadas según los últimos adelantos, que suministran bastante cantidad de aguardientes, muy buscados por su excelente calidad.

Si fuese posible que los cosecheros en pequeña escala se uniesen para destilar las brisas, tendríamos en pocos años una respetable cantidad de aguardiente que tal vez, si hubiera mucha unión, fuese suficiente para llenar las necesidades más perentorias; esto es, el encabezamiento de los vinos y la producción de aguardientes.

Aquí parece estar la valla donde se ha de estrellar la invasión de los alcoholes industriales, y, en efecto, lo estaría en el caso favorable de que se obrara en colectividad para hacer más llevaderos los gastos que resultan de la instalación de los aparatos modernos destinados á dicha destilación.

Pero gran parte de nuestros cosecheros parece actualmente de medios para adquirirlos, y no creo que haya unión suficiente para que, unidos por provincias, pueblo ó regiones vinícolas, puedan instalarse destiladoras para las brisas. De todos modos, éstas deberían establecerse, y tal vez diesen buenos rendimientos á sus dueños si se colocasen en comarcas donde dicha destilación pueda ser provechosa.

De suerte que cuanto tienda á favorecer la creación de fábricas destinadas á este objeto, cuanto se haga en este sentido indirectamente por el Gobierno, mediante la exención de

todo género de impuesto por cierto número de años, y más directamente por parte de las Diputaciones provinciales, Ayuntamientos, Sociedades económicas, Sociedades agrícolas y por los mismos cosecheros, favorecerá la disminución del ingreso de alcoholes impuros, y servirá de aliciente, en virtud de la competencia para perfeccionar en nuestro país la obtención de alcoholes de granos y la rectificación de aguardientes ó alcoholes impuros importados.

Es decir, que mientras este último medio se desarrolla, y para su desarrollo han de pasar algunos años tal vez, nos encontramos frente un problema transcendental para el consumidor de vinos y aguardientes. El de saber si tienen éstos alcoholes perjudiciales para su salud.

A fin de evitar esta duda, que puede ocurrir y ocurrirá ciertamente á menudo, sería conveniente que, dadas la poca facilidad para el reconocimiento de los alcoholes impuros, de los aguardientes sospechosos y de los vinos encabezados que no nos merezcan confianza, se nombrase una Comisión permanente que estudiase este asunto hasta alcanzar su buena resolución, ó, mejor que ésto, se abriera un concurso público para premiar al inventor ó inventores de un medio práctico, seguro, fácil y al alcance de todo el mundo, que con sencillez descubriese la presencia del alcohol amílico, que es el más frecuente en los aguardientes y vinos. Así se estimularía la iniciativa individual; y en el caso probable de hallar un método de ensayo que reuniese estas condiciones, sería fácil hacer con los vinos que tuviesen alcohol amílico lo que se hizo con los que estaban fuchsinados.

Hemos dado fin al presente discurso, que no queremos hacer más extenso por temor de ser difusos y cansar demasiado á los que oyeren ó leyeren.

En él hemos establecido:

1.º Que no debe limitarse, en la actualidad la importación de los alcoholes llamados industriales.

2.º Que estos deben rectificarse cuando se hayan de emplear para fabricar aguardientes y licores ó para encabezar los vinos.

3.º Que deben utilizarse las brisas, estimulando á los que esto hagan, generalizando la fabricación del alcohol por este medio, y dando reglas, si se cree conveniente, para que llegue á conocimiento de los productores de vinos.

4.º Que se debe nombrar una Comisión permanente ó abrir un concurso para premiar al que presente ó dé á conocer un procedimiento sencillo, seguro, y cuyo empleo esté al alcance de todos, para descubrir la existencia del alcohol amílico en los aguardientes y vinos.

Conclusiones que no dudo serán modificadas, para su mayor perfección, por personas tan competentes en las cuestiones que lleva en sí el tema tercero como las que concurren á los debates del Congreso. HE DICHO.

Madrid 6 de Junio de 1886.

TEMA CUARTO

Disposiciones que deben adoptarse para garantizar en el país y en el extranjero las marcas de los vinos legítimos españoles.

DICTAMEN FORMULADO POR EL INDIVIDUO DE LA COMISIÓN EJECUTIVA DON ADOLFO BAYO

Muy superior á mis escasas fuerzas es la tarea que he aceptado, y sólo el cumplimiento de un deber ineludible ha podido pesar en mi ánimo para emprender tan difícil empresa.

He tenido además presente que este trabajo, por poco ilustrado que resulte, ha de servir de punto de partida para la discusión del tema que encabeza este informe, no dudando, por lo tanto, que del debate, y quizás de la impugnación de mis ideas, resultarán conclusiones utilísimas para el fin que se propone este respetable Congreso.

No cumpliría dignamente mi encargo, si,

antes de proponer los medios que deben emplearse para combatir los abusos que se cometen en las transacciones vinícolas, no señalase las causas de tales hechos, para que le sea dable á tan ilustrada reunión discutir ampliamente sobre los acuerdos que deben á su juicio adoptarse.

De todos los productos de la tierra quizás no haya uno, y se puede afirmar que no existe, que sea más susceptible y fácil de adulteración que el vino.

Hasta pocos años há, nadie pensó en sofisticar este líquido, por superar en mucho la producción al consumo en los países vitícolas, y especialmente en el nuestro.

En el primer tercio de este siglo, y aún en los días del más joven de entre los concurrentes, se arrojaban los mostos en Aragón, la Rioja y en muchos pueblos de la Mancha para dar cabida en sus escasas vasijas y estrechas bodegas á la nueva cosecha; y se citan casos de haberse amasado el yeso, cal y arena con vino, por cosecheros que encontraban más económico su empleo que el de acarrear agua á ese objeto. Es reciente la fecha en que la cántara de vino se vendía por dos reales, deseando el propietario encontrar comprador aún á ese precio.

Sólo los vinos de Jerez alcanzaban buena venta, y en cantidades respetables en Inglaterra para su gasto y el de la India, siendo casi desconocidos allí los demás vinos españoles.

También compraba la Gran Bretaña, con marcada preferencia, los caldos de Porto, Madera, Sicilia y bastantes de las márgenes del Rhin, principalmente los espumosos.

Poco á poco fué ensanchándose el consumo: éste originó el alza de precios, coincidiendo con ella la aparición de la filoxera en Francia.

Esa plaga importada allí con las vides vírgenes del Norte América, destruyó en poco tiempo una tercera parte del viñedo francés. Otras calamidades afligen al mismo tiempo á nuestros vecinos: las heladas, variaciones atmosféricas, el *oidium* y el *mildew* han aminorado tanto su producción, que, habiendo sido éste por término medio de 58.639.450 hectólitros de 1865 á 1869; 52.013.184, de 1870 á 1874; 51.214.921, de 1875 á 1879, ha bajado á 28.536.151 hectólitros la de 1885.

Pero es sabido que un año con otro, un 10 por 100 de este rendimiento agrícola tiene que reforzarse en Francia, por su escasez de grados, con vinos extranjeros ó con alcohol. Estando recargado cada hectólitro de espíritu empleado en el *vinage* en francos 156'25, y no pudiendo utilizarlo para dar color á sus vinos pálidos ó blancos, emplea la industria, con preferencia, los vinos españoles, portugueses ó italianos que pesen de 14 á 15 grados.

En apoyo de mi aseveración tengo el hecho de que, á pesar de la fabulosa cosecha de 1875, que fué de 83.632.291 hectólitros, se introdujeron en Francia 407.641 de vinos italianos y 363.347 españoles, salvando así unos 800.000 de mostos flojos.

En el periodo de 1826 á 1838 consumió por término medio la nación que nos ocupa 19.600.000 hectólitros, y 44.900.000 en el de 1864 á 1873. Sorprendente es la última cifra, comparada con la primera; pero no dejará de llamar la atención á los señores que me escuchan si les manifesto que hoy consume la República vecina unos 50.000.000 de hectólitros.

Existe, pues, un déficit de más de 21.000.000 de hectólitros, los que forzosamente habrían de adquirir en el extranjero, si no fuera por los artificios que se emplean para saldar en gran parte, en su mayor parte puedo decir, la balanza entre la producción y el consumo.

Felizmente para nuestro país, á la par que mermaba la producción francesa aumentaba la nuestra; pero el mercado no se animaba lo bastante, teniendo plétora de existencias.

Era preciso buscar nuevos puntos de salida: no ignorábamos que el más conveniente por todos conceptos era el mercado francés, pero desgraciadamente le teníamos cerrado. No era posible luchar con la tarifa diferencial que regía en Francia en favor de otros países vitícolas, los que introducían sus vinos por un derecho de 30 céntimos de franco, mientras que

os de España adeudaban francos 5'30 por hectólitro. Á la sombra de este arancel, convenido en 1863, creció la exportación italiana hasta el punto de anular casi la nuestra, y esto á pesar de las buenas condiciones de nuestros vinos para el *coupage* de los suyos.

Antes del año 1876, se ocupaban los gobiernos francés y español de estipular unas bases para un tratado de comercio; fijándose el nuestro principalmente en la rebaja de los derechos aplicados á nuestros vinos, bajo la condición *sine qua non* de establecer una tarifa uniforme para los de todos los países. Francia se resistió, hasta que, votada en nuestras Cámaras la previsora ley de presupuestos de 1876, en la que se establecían tarifas diferenciales para las naciones con venidas y no con venidas, los fabricantes de tejidos franceses influyeron con su gobierno para tratar con España, por salir sumamente perjudicados en su comercio, mientras aumentaban las importaciones de otras partes en artículos similares á los suyos.

Así nació el tratado comercial de 1877 y el que posteriormente se convino en 1882, vigente hasta el año 1892 con tarifas homogéneas para las naciones con venidas.

Apenas se realizó el tratado de 1877, nuestra exportación de vinos superó allí á la italiana y á la de los demás países, y fué creciendo en proporción de las necesidades del consumo, como todos los señores concurrentes habrán observado en nuestros estados de exportación.

Esta alcanzó cifras fabulosas en los años últimos, y aun en los cuatro primeros meses de este año llega á la de 2.255.856 hectólitros, cuando fué de 1.892.702 en 1885.

Italia ha surtido al mismo mercado en igual periodo de tiempo con 996.225 hectólitros, y en 1885, 319.824 hectólitros; 128.433, Argelia; y otras naciones, 992.553; resultando que España sola contribuye á saldar el déficit vinícola de la República con más de la mitad de sus importaciones.

No decreciendo en Francia la filoxera, invadiendo ésta nuevas zonas en Alsacia, Lorena y Alemania, sobre el Rhin; Austria-Hungría, á las dos orillas del Danubio, ya antes invadidas; presentándose también en provincias hasta ahora libres, como la de Tolma, cerca de Buda-Pesth, y de Zemphis y Saros, fronterizas á Galitzia, y en otras varias de aquel imperio; continuando la plaga extendiéndose en Italia, Portugal, Sérvia, Suiza, Turquía y mostrándose en la Argelia, no hay duda que es digna de llamar la atención universal la cuestión vinícola.

Todos los países vitícolas se preocupan de combatir la filoxera, el *oidium* y el *mildew*, y otras enfermedades que pueden disminuir su producción. Pero existe hoy un mal aún más grave y más inmediato para la agricultura, cual es la sofisticación, que, bajo diferentes formas, se verifica ya en grande escala en todos los países vitícolas, matando el crédito de los mismos, dificultando sus exportaciones y causando la degeneración de la raza humana.

No hay duda que estas sofisticaciones nacieron en Francia. Cuando sus cosechas empezaron á mermar y adquirir mayor precio sus vinos, acudió por mayores cantidades al extranjero, en donde también se encarecieron.

El comerciante, dueño de una buena clientela, estudiaba el medio de mantener su parroquia, sin aumentar mucho los precios, por más que él comprase los vinos caros, é ideó asociarse á otros industriales para reemplazar los vinos naturales por otros hechos de pasa, agua y azúcar, resultando una bebida aceptable, y que pudo, durante algún tiempo, darse al público sin que se apercibieran las autoridades.

Al fin fué sorprendida esta industria, como lo fué otra, hija suya, ó de ella derivada, pero de naturaleza peor; me refiero á la fabricación de una bebida compuesta de cascá de uvas y pasas, con agua, alcohol y azúcar.

Ambas fueron castigadas por la administración francesa con arreglo á la ley de 27 de Marzo de 1851 en diferentes ocasiones, por haber vendido sus productos sin la declaración previa de procedencia.

Posteriormente, y resultando que no contenían materias nocivas á la salud, esas bebidas fueron autorizadas para la venta y á continuar su fabricación.

Se establecieron nuevos concurrentes, y hoy producen esos dos ramos industriales unos diez millones de hectólitros, que se consumen en su país, y esto sin contar las manipulaciones que se hacen en los establecimientos de comer y beber, citándose varios en París, que, dando por un franco de comer, con vino, en dos años nadie ha visto descargar una barrica de este líquido á sus puertas.

El mal ha llegado á ser internacional, y ha tomado carta de naturaleza en todos los países; prueba de ello, los secuestros de vinos exóticos que ejecutan las aduanas francesas, procedentes de España principalmente, aunque sea triste confesarlo. Al hablar de secuestros, entiéndase que señalo los líquidos que imitan á los vinos, unas veces nocivos á la salud y otras veces no.

Ultimamente en Burdeos se han llevado á cabo decomisos que ascienden á más de 5.000 hectólitros de composiciones con alcohol, agua y un colorante derivado de la hulla, declarados nocivos á la salud.

En Marsella y en la frontera lindante con Cataluña, también decomisaron los agentes franceses vinos compuestos, pero no perjudiciales á la salud. En el primer caso fueron condenados los introductores á pérdida de la mercancía, y fueron vendidos para ser destilados.

En el segundo obligaron al dueño á la re-exportación de la mercancía.

En la misma Argelia hace poco más de un año decomisaron sus autoridades más de 10.000 hectólitros de llamados vinos españoles, sofisticados en la forma de los detenidos en Burdeos, sin tener mezcla alguna de nuestros vinos.

Resulta de aquí, que las molestias, inconvenientes y pérdidas que sufre el comercio vinícola en los puertos ó aduanas de Francia, al considerar muchas veces sus agentes como adulterados vinos que son naturales, tiene su explicación; pero que llegan casos frecuentes de pérdidas considerables para los introductores de buena fé, por el sistema dilatorio que se sigue en los puertos de aduana, mientras van al laboratorio químico de París las muestras, las analizan, resuelve la administración, y pasa esta sus instrucciones á las aduanas.

De todos éstos inconvenientes participan las naciones competidoras en este artículo; así es que los cosecheros y comerciantes portugueses piden á su gobierno severas leyes para castigar á los que preparan malos brebajes y los exportan al exterior con el nombre de la marca legítima.

En Italia, las protestas contra la sofisticación son tan calurosas, que el ministro de Agricultura había presentado un proyecto de ley para la aplicación de duras penas á los delincuentes; pero fué rechazada, porque en ella pedía que cada vendedor pudiera ser obligado á entregar una muestra de su líquido para ser analizado.

La prensa de aquel país pide, á la par que los productores y comerciantes de buena fé, que el gobierno tome medidas prontas que eviten tales abusos.

La ley de 27 de Marzo de 1851, vigente en Francia, para evitar las adulteraciones de los artículos de comer y beber, se aplica con la mayor severidad á los infractores, imponiéndoles multas pecuniarias desde francos 50 á 500, y aun mayores, y penas personales, condenando, no sólo por meses, sino á veces por años á prisión, según la falta cometida. Condena además á publicar en los periódicos oficiales y no oficiales de más circulación, á costa del delincuente, el fallo del juez; y muchas veces cierra, para que no se vuelvan á abrir, establecimientos reincidentes.

Hay, pues, una ley severa, que diariamente se aplica en sus diferentes formas; pero á pesar de eso, es tan grande el afán del lucro, que de datos oficiales que he adquirido, antes y ahora, de 7.362 muestras de vinos analizados por el laboratorio municipal de París en el año de 1885, antes de entrar en aquella capital, la

mitad han resultado adulterados con materias colorantes y otras nocivas á la salud pública. Del resto, una mitad falsificada con sustancias inofensivas, y la otra mitad, ó sea el veinticinco por ciento de bebidas buenas y naturales, resultando además que las mayores adulteraciones se hacen dentro de París por los comerciantes, taberneros y fondistas.

En los primeros tres meses de este año de 1886 ha analizado el laboratorio municipal cerca de 2.000 muestras de vinos con resultados parecidos á las examinadas en 1885.

Creo un acto de justicia consignar que por parte de la administración francesa se persigue sin descanso á los sofisticadores, por más que las consideraciones económicas y de orden puramente social le obliguen á permitir la venta de los derivados de la pasa ó de la casca, si quiera alcancen tanta importancia como la expresada de 10.000.000 de hectólitros; sin embargo, estas bebidas toleradas tienen por base el alcohol industrial, que, por ser derivado de féculas de varias clases y no estar debidamente rectificado, traen á la sociedad infortunios sin cuento, atacando la salud pública de una manera traidora, dando su uso, según manifiesta un honorable escritor francés, refiriéndose á estadísticas irrecusables, un contingente de 14 individuos sobre 100 á los manicomios, 10 sobre 100 á los hospitales, 13 sobre 100 al suicidio y 40 sobre 100 al crimen.

No se puede dudar que la verdad dé tan triste estadística: pues ¿quién de ustedes no ha observado que año por año, en nuestro mismo país, aumentan los suicidios, crímenes y locos en la misma proporción que crece la introducción del alcohol extranjero?

Ese aumento de importación que hemos tenido, según la estadística arancelaria, es tan considerable, que de 6.368 hectolitros recibidos en 1850, creció á 948.084 en 1885, pudiéndose asegurar que en el año actual pasarán de 1.000.000 de hectolitros.

Los que nos ocupamos de agricultura y de producción nacional, no podemos menos de lamentar que, al convenirse los tratados internacionales, no se tengan en cuenta las industrias ó los productos nacionales que tienen vida propia, para no perjudicarlos hasta el punto de causar á veces su muerte, favoreciendo el desarrollo de la industria de las otras partes contratantes; y en pocos casos se atestiguará tan fácilmente como en la cuestión vinícola el daño que le causa el bajo derecho que pagan en nuestras aduanas los alcoholes extranjeros, que no adeudan más que 20 pesetas y 75 céntimos por hectolitro en España.

En Alemania pagan 60 francos; en Inglaterra, de 283 á 453 francos; en Austria, 60 á 100 francos; en Francia 30 francos por un lado y 156,25 por otro; en Bélgica, de 72 á 195 francos.

De la casi franquicia de que disfrutaban esos espíritus industriales, en general venenosos, y de la haratura de su producción, que permite su oferta en España, á bordo en nuestros puertos, á 39 pesetas el hectolitro de 40°, nace la facilidad de adulterar nuestros vinos para la exportación y todos los licores que al por mayor y al detalle se venden, haciendo concurrencia á las epidemias más temibles, atacando á la salud, al crédito de nuestro mostos y á los intereses del productor y comerciante de buena fé.

La exposición de hechos que precede demuestra que la escasez trae la carestía, y ésta produce la sofisticación, y que la materia más adecuada para realizarla es el alcohol industrial por su poco coste y por las demás circunstancias que todos los presentes conocen concurren en este artículo. Pero no hay país alguno que esté más interesado en perseguir sin tregua este contrabando ilícito de manipulación que el nuestro.

Nuestra producción aumenta todos los años; el consumo es relativamente limitado; la agricultura, pues, necesita vivir de la exportación, que será inmensa el día que no puedan convertir los especuladores fraudulentos un hectolitro de vino natural en tres y cuatro para lanzarlos á otros mercados.

Consideren los que me escuchan que producirémos más que ningún otro país, y creo muy exacta la cifra de 36.000.000 de hectolitros en que se calcula nuestra cosecha de 1886 si no sufre el viñedo, esperando sea aún muchísimo mayor en el porvenir, si las contingencias atmosféricas lo permiten.

Italia nos va á los alcances: y obtuvo 27.500.000 hectolitros en 1884; Austria-Hungría, 8.500.000; Portugal, 4.000.000; Francia, á pesar de su rendimiento de 34.780.726, y de 1.000.000 la Argelia, es nuestra tributaria.

Entro, pues, á ocuparme de las conclusiones, ó sea de proponer los medios que deban adoptarse para evitar la adulteración de nuestros caldos en el interior y en el exterior. Materia es ésta muy compleja, porque se necesitan varios factores para llegar á un resultado práctico.

Los Poderes legislativos, el Gobierno, la Administración, el elemento productor y comercial y las naciones importadoras, deben cada uno, en la parte que les toque, facilitar esta obra regeneradora de la raza humana.

Deben votarse leyes que propondré al Congreso que me escucha, acordar convenciones internacionales y formarse Asociaciones agrícolas y vinícolas.

Pero como no es mi ánimo iniciar ningún pensamiento que tenga por objeto dificultar el comercio, bien sea por dilaciones en el país ó en el extranjero en la parte analítica de los caldos, y teniendo en el Código de comercio los que tratan de compras y ventas la defensa eficaz de sus intereses, no puede el especulador ser causa de más perjuicios que los que nazcan de lo que se ha convenido y no se ha cumplido, pero que el adquirente y el cesionario están ambos interesados en no incurrir en gastos inútiles. Por esta razón considero que serán útiles nada más las disposiciones que se acuerden sobre el cumplimiento de los agentes públicos.

En lo que se relaciona con nuestro comercio exterior, encontraremos la base principal para la defensa de nuestras marcas con el convenio de 20 de Marzo de 1883 sobre propiedad industrial, firmado por Francia, Bélgica, el Brasil, España, Guatemala, Italia, los Países Bajos, Portugal, Salvador, la Servia y la Suiza, al que se adhirieron Inglaterra, Túnez y el Ecuador, y que estipula en su primer artículo adicional que los productos agrícolas, vinos, granos, frutos, animales, etc, sean considerados como la propiedad industrial para los efectos del tratado.

En vista de las anteriores consideraciones, tengo el honor de proponer al Congreso las siguientes bases para evitar la adulteración de nuestros vinos y marcas en el interior y en el exterior.

1.º Presentar un proyecto de ley á las Cámaras, basado en la francesa de 27 de Marzo de 1851.

2.º Reproducir en las cortes el proyecto de ley del señor Danvila, sobre las marcas de fábrica haciéndola extensiva á las marcas de comercio en general y á los productos agrícolas.

3.º Elevar los derechos del alcohol extranjero cuando y por los medios que sea posible.

4.º Formación de sindicatos vinícolas en todas las provincias, con un centro general en Madrid, para combatir las adulteraciones por todos los medios posibles, y acordar, en primer lugar, depositar las marcas de cada cosechero y comerciante que se adhiera al convenio en los Ministerios de Fomento y Estado, con arreglo á la Convención internacional firmada en París el 20 de Marzo de 1883, á la que me refiero en este dictamen.

5.º Establecimiento de laboratorios químicos en todas las capitales de España, siendo obligatorio para todos los cosecheros presentar muestras de sus vinos para formar la estadística de la graduación alcohólica y del extracto seco que contenga los caldos de cada región vinícola, y á la vez puedan analizarse los vinos que se exporten.

Estas propuestas son para el régimen interior del Reino.

Para el extranjero propongo las siguientes disposiciones:

1.ª Formar centros ó agencias comerciales en los principales puntos de importación, con muestrarios de vinos españoles con sus marcas correspondientes y tarifas de precios.

2.ª Proponer al Sr. Ministro de Estado solicite del Gobierno francés, si es posible, tenga laboratorios químicos en los principales puertos y aduanas de tierra por donde haya mayor introducción de nuestros vinos, y que, verificándose los análisis sobre el terreno, sufran los menos perjuicios posibles los introductores.

Por último, en virtud de la extensión de nuestro comercio, y sobre todo de nuestra producción, y para rehabilitar el crédito de nuestros caldos, yo me atrevería á pedir, para cerrar este informe, que nuestro Gobierno tome la iniciativa para proponer á todas las naciones vinícolas la reunión de un Congreso internacional para acordar las medidas generales conducentes á combatir y destruir, hasta donde sea dable, las adulteraciones en las diferentes fases con que se presentan.

Madrid 7 de Junio de 1886.

CHARLES ROBERT DARWIN

El día 21 de Abril de 1882, falleció en su residencia de Dow-House, cerca de Opington, en Tent, Inglaterra, el célebre naturalista inglés, Charles Robert Darwin, autor de «El origen de las especies.»

Darwin, cuyos principios hace 20 años fueron denunciados por todo el pulpito inglés, que hoy sirven de base á todas las ideas filosóficas, sociológicas y económicas de los más eminentes pensadores, ó por lo menos, ha tenido el honor de ser enterrado en el mismo lugar donde reposan las cenizas de Sir Isaac Newton, en la tiera consagrada y reservada para los más ilustres de Inglaterra, la Abadía de Westminster.

El mundo ilustrado, lamenta la pérdida del sabio.

Mr. Charles Robert Darwin, nació en Shrewbury, el 12 de Febrero de 1800, y recibió su primera educación en la famosa escuela de segunda enseñanza (grammar school) de aquel lugar en 1825; entró en la Universidad de Edimburgo cuando solo tenía diez y seis años de edad, donde permaneció dos años. En 1827 entró en Christ-College, Cambridge, y no se graduó hasta cuatro años después; pero dedicó una atención especial á la botánica en este último lugar, así como en Edimburgo á la zoología marina, leyendo en público su primer escrito científico.

Comisionado en 1831, el célebre capitán Fitzroy para hacer un segundo viaje en el *Beagle* á la América del Sur, tuvo la feliz idea de ofrecer públicamente parte de su camarote á cualquier naturalista competente que lo acompañara en la expedición; y puso sus ojos en el joven Darwin que ofreció sus servicios sin sueldo alguno con la condición de conservar para sí sus colecciones científicas. La expedición salió de Plymouth en Noviembre de 1831 y llegó á Falmouth á su vuelta en Octubre 1836, después de una ausencia de cuatro años y diez meses.

Durante este tiempo, Darwin visitó el Brasil, la Patagonia, Chile, Perú, las islas Galápagos y de la sociedad, La Nueva Zelanda, la Australia y las islas de Mauricio, Santa Elena y Cabo-Verde; y de cada uno de estos lugares sacó algunos trofeos científicos destinados á figurar en la historia de su «Doctrina del desarrollo.» Se supuso entonces que su especialidad era la botánica, pero sus observaciones en física, geografía, geología y zoología fueron de tanto valor como sus investigaciones en la primera ciencia.

En 1839 salió á luz una obra en dos volúmenes dando cuenta no solo de los resultados de esta expedición, sino también de la anteriormente emprendida cuando Darwin estaba

aún en las universidades; pero esta quedó oscurecida por la aparición en el mismo año de un volumen con menos pretensiones, titulado: *Viaje de investigaciones sobre la Geología é Historia Natural de los varios países visitados por el buque de S. M. Beagle, al mando del capitán Fitzroy, desde 1832 a 1836; por Charles Darwin Esq. M. A. F. R. S., secretario de la sociedad Geológica.* Estos honrosos títulos indican los inmediatos resultados obtenidos por Mr. Darwin en sus primeros servicios á las grandes sociedades científicas de la metrópoli Británica. Su obra vino á formar el primer volumen de la narración oficial; pero bien pronto recobró su independencia y se publicó por separado en 1845, haciéndose después varias ediciones. Este libro encierra una de las más fascinadoras narraciones de viajes que pueden leerse en inglés, pues en él se descubre el talento del joven observador al vislumbrar en el misterio aun velado, el secreto ya descubierto de la elección natural. El presidente de la Sociedad Geológica tuvo razón en decir que *contemplando los resultados generales de las investigaciones de Darwin, no podía menos de considerar su viaje al rededor del mundo, como uno de los acontecimientos más importantes para la geología que había ocurrido por muchos años.*

Su salud estaba muy quebrantada cuando desembarcó en Inglaterra, y sus trabajos científicos fueron más de una vez interrumpidos, durante muchos años. En 1839 se casó con una prima, y después de su matrimonio fijó su residencia en Down, en medio de la rica y pintoresca escena de Keut, y según fué creciendo su numerosa familia se vió relevado de todos los cuidados de la vida activa que pudieran impedir sus trabajos científicos. Dedicado principalmente á la geología, en cuya ciencia escribió tres volúmenes separados: *La forma y Distribución de las Rocas de Cornualles*, 1844, y *Observaciones Geológicas en las Islas Azules*, 1844, y *Observaciones Geológicas en América del Sur*, 1846. Su obra zoológica más grande es su *Monografía de la Familia Carripedia*, familia que incluye todos los animales comunmente conocidos como barnacles y bellotas de mar. Esta obra publicada en 1851-53, por la Sociedad Real, y considerada como uno de los libros más notables del siglo, fué seguida de otra: *Las Especies Fósiles*, dada á luz por la Sociedad Paleontográfica.

Su abuelo, el doctor Erasmus Darwin publicó en 1794, algunas consideraciones especulativas conteniendo por lo menos el germen del Darwinismo de hoy, y en 1858 Charles Darwin propuso la hipótesis del origen de las especies por variación espontánea y supervivencia de los más aptos, por medio de la selección natural y la lucha por la existencia, en su *Origen de las especies.* «Este libro maravilloso fué traducido á diversos idiomas. La doctrina que propone, puede resumirse brevemente de este modo: Todos los seres orgánicos están expuestos á variar de algún modo, y tienden á transmitir estas variaciones á sus descendientes. Todos, al mismo tiempo, tienden á aumentar en proporción rápida, y este aumento está contrarrestado por la competencia incesante de otros individuos de la misma especie ó por condiciones físicas perjudiciales á cada organismo ó á su facultad de dejar descendencias saludables. Cualquiera variación ocurrida en los individuos de cualesquiera de las especies de animales ó plantas, es en algún modo ventajosa en la lucha por la existencia, pues dará á estos individuos una ventaja sobre sus semejantes, que será heredada por sus descendientes, hasta que la variedad modificada suplante á la especie primitiva. Este proceso, llamado selección natural, tiene lugar constantemente, y todos los seres organizados lo experimentan. Por la constante acumulación, durante largas edades, de ligeras diferencias, cada una conveniente de algún modo al individuo, resultan las varias modificaciones de estructura por las cuales se distingue el sinnúmero de formas de la vida animal ó vegetal. Todos los animales existentes han descendido á lo más de cuatro ó cinco progenitores, y las

plantas del mismo ó de menor número. La analogía podría aún conducir á la indiferencia de que todos los seres orgánicos que han vivido sobre la tierra han descendido de alguna forma primordial en la cual existió la vida primeramente.» No puede negarse que este libro ha hecho una revolución tan completa en la ciencia biológica, como el *Principia* lo hizo en la astronomía.

En otras obras Darwin ha seguido la misma línea de ideas; pero el libro que puede considerarse como continuación en punto de deducción de su *Origen de las Especies* es *El Origen ó descendencia del hombre y relación con relación al sexo*, que salió á luz por primera vez en 1871, y después en una segunda edición con numerosas adiciones en 1874. También escribió con notable habilidad sobre la evolución de la razón y la conciencia.

En 1853, la Real Sociedad inglesa le adjudicó medalla de oro por sus varias obras científicas, y en 1859 la Sociedad Geológica lo honró con su medalla *Vollastor Polladian.* —Fué hecho caballero de la orden *Pour le Mérit* (por el mérito) por el gobierno de Prusia, y en 1871 electo miembro corresponsal de la Academia de Viena. Además ha tenido varios grados honorarios concedidos por la Universidad de Leyden en 1875, por la Universidad de Cambridge en 1877 y nombrado miembro de la Academia francesa en 1878. Sus años postreros han sido notables por su incesante actividad, siendo las siguientes las últimas obras que salieron de su pluma:

Plantas Insectivas 1875.

Fertilización Automática y Cruzada en el Reino vegetal 1876.

Las diferentes formas de flores y plantas de la misma especie, 1877.

El Poder de movimiento en las Plantas, 1881; y, por último,

La capa vegetal y las lombrices de tierra, 1882.

NICOLÁS DIAZ Y PÉREZ

BELLAS ARTES

DOMINGUEZ

Esfuerzos sobre esfuerzos, pinceladas, cuadros tras cuadros; este pintor, hoy popularísimo, logró, en breve plazo, el dominio magistral de su arte. Empezó, tal vez, con demasiado lirismo, si es posible expresarnos de este modo tratándose de pintura; cierta irresistible tendencia hacia suavidades idealistas, hacia arrebatos dirigidos por el calor de la fantasía, movió su pincel y combinó los colores en su paleta. Pero, muy luego, la verdad se impuso á la inclinación de su genio. El realismo, no grosero ni extravagante, todavía más antiaristocrático que el romanticismo atrabiliario, sino aquel que mira la naturaleza sin lentes negros, ni cristales de microscopio, dió fecunda inspiración á este artista, en cada obra nueva más poderosa, más amplia, más productora de vida.

Su viaje á Roma, pensionado por la Academia, fué premio de una obra hermosa de Domínguez, la *Resurrección de la hija de Jairo*, aunque extriamente ajustada la leyenda bíblica era la relevante muestra de un talento que buscaba á todo trance las líneas salientes de la originalidad. Ya en Roma, Domínguez aprovechó sin descanso las grandes enseñanzas de aquellos inmortales modelos, eternos motivos de bellas creaciones. El carácter de sus facultades se acentuó más y más; así, desde su primer envío, la *Margarita*, de «Fausto», y del segundo, que era un estudio del natural, en que se representaba con extraordinario brio un *Silvano*, hasta el tercer cuadro remitido oficialmente á Madrid, titulado la *Muerte de Séneca*, el soplo vigoroso de la realidad vá llenando progresivamente las sucesivas concepciones de este pintor maestro. Esto, sin abandonar por un momento, aquellas condiciones delicadísimas, tan admiradas modernamente en sus figuras.

En Roma, que, al par que es un taller, es un mercado de resultados no exiguos, cultivó

este pintor los diversos trabajos que tienen corriente salida en el comercio pictórico. Fácilmente dominó el arte de la acuarela, del cuadro de género; reprodujo con admirable tino los tipos de campesinos romanos, tan pintorescos en sus trajes y de tanta majestad en su porte. Por miles podrían contarse esta clase de obras, colgadas hoy en los salones aristocráticos de América y de Europa.

Regresó á España dueño de un pincel que no hallaba tropiezo en los lienzos y de un estilo esmaltado de encantos. Siguió empleando sus fuerzas en la acuarela, el cuadrito de costumbres ó retratos. A esta época, que pudiéramos llamar de preparación para sus magnas obras decorativas, pertenecen la *Salida de un baile*, que es un poema moderno, escrito con colores, y el *Estudiante del siglo pasado*, que es una revelación brillante de tiempos sumidos en la sombra y el polvo.

Aunque todas estas obras conquistaron, para su autor, utilidad y fama, no obstante, apenas satisficieron el hondo descontento que se apoderaba de este artista, no bien enjugaba sus pinceles, acabado un cuadro.

No eran bastantes á la amplitud de sus facultades los lienzos más desmesurados, los asuntos de desarrollo más ancho y continuado.

Comprendió que le eran necesarios, para extender sus inspiraciones, monumentales techos y dilatadas paredes. En suma, la pintura decorativa le abrió sus brazos, y en ellos se arrojó el pintor con la fiebre de pasión de un enamorado.

En el palacio de Anglada, la decoración del techo y escocia del comedor, se debe al pincel de Domínguez. El techo se halla compartido en una medalla central y cuatro laterales. En la de en medio se representa simbólicamente *El campo*. Varias mujeres descansan entre la yerba, en actitud indolente. Se siente en ellas la calma serena, la majestad dulce, propia de los lugares campestres. En las medallas laterales, hay geniecillos con frutos y flores.

Los tonos de esta delicada composición son alegres, las figuras, vaporosas, como desvaneciéndose por sus contornos en una atmósfera crepuscular. Larga serie de ovalitos forman cadena de flores y frutas alrededor del techo. Los adornos de la escocia, de estilo del renacimiento, se destacan sobre fondo dorado.

Es igualmente de Domínguez el techo del salón de recibo del palacio del Duque de Santofia. Representanse en él, *Las Artes del dibujo*.

Aparecen en artísticos grupos, los grandes pintores italianos del Renacimiento. En la parte superior, la Escultura, Pintura y Arquitectura véanse simbolizadas en figuras de gran relieve y correctísimo dibujo.

El ya tantas veces mencionado palacio del marqués de Linares, al hablar de otros egregios pintores, se ofrece de nuevo á la consideración de la crítica laudatoria, tratándose de Domínguez.

Las obras que en dicho palacio ha ejecutado este pintor son, además de numerosas, verdaderos prodigios. En el piso segundo de aquella morada aristocrática, que, merced al más depurado gusto ornamental y artístico contemporáneo, es un museo de maravillas, el techo del dormitorio del marqués lleva las huellas luminosas del pincel de Domínguez.

Figúrase en él *La Aurora*. Gallardísima figura de mujer, osténtase con movimientos graciosísimos entre una lucha de claridades que avanzan y de sombras que huyen. Rodéanla geniecillos, con joyas y flores, acompañándola en su *toilette* matinal. Ella desenreda sus trenzas, de las que cae un rocío de perlas. Arriba, la luz toma vislumbres de nácar y rosa. Abajo, al través de las brumas grises que flotan sobre la tierra, aún envuelta en la oscuridad de la noche que acaba, divisanse revoloteando mariposas y pájaros. Es de una poesía incomparable esta bellísima composición.

Obra de soberbios alientos es el techo del salón Luis XIV, en el entresuelo. Este techo es de enormes dimensiones. En su vasto espacio ha pintado Domínguez un cuadro de mé-

rito indisputable, en que su talento decorativo parece haber llegado al límite último de esta categoría de composiciones. La *Música* y la *Poesía* se miran en el centro, idealmente figuradas. El violín y la lira que hay respectivamente en sus manos, derraman en torno de los personajes, algo así como oleadas de armonía.

No lejos, varios geniecillos se agrupan, exhibiendo instrumentos simbólicos de los dos artes.

En las extremidades, el mismo asunto se detalla, se encarna en la realidad; se concreta en forma de escenas. En un lado, un poeta lee versos en un círculo de damas. En el otro, un pastor deleita á varias muchachas modulando sonatas en una flauta. Elegante balaustrada rodea el techo; de ella penden flores y ramas. Primorosos jarrones, con figuras al lado, puramente ornamentales, se elevan sobre las pilastras de la balaustrada.

En el mismo salón hay cuatro sobrepuestas, de Domínguez también representando las *Estaciones*, de una sola tinta.

El techo *La música y la poesía* es un esfuerzo insuperable de luz y de color. Los ojos que la ven, pueden sólo apreciar lo que es esta obra, sin rival en su especie.

Adorna el testero principal de la biblioteca del marqués, una alegoría á Cervantes. Una figura, emblema de la literatura, apóyase sobre el busto del autor del *Quijote*. Abajo, una espada y libros, se presentan como accesorios característicos de la alegoría. Cuatro medallones, simulando mosaico, rodean los muros; son los retratos de Mariana, Quevedo, Garcilaso y Calderón.

Por último, en el despacho del marqués, admírase el retrato de la marquesa. Siendo esta señora una mujer rubia, de aspecto delicado, en su retrato no podían emplearse los recursos de claros y oscuros. Con todo, es tan finísimo el color, tan frescas las tintas de que ha dispuesto el artista pintando tal retrato, que éste, con ser casi trasparente, resulta con el relieve y animación de la vida.

Eso tiene el arte, en que la inteligencia pone sus luces más brillantes, vuela con alas de águila por las regiones más altas del pensamiento. Pondrán á su lado artes menos espirituales, portentos labrados en mármoles y placas de oro. Serán buscados los bloques de piedra en las canteras más famosas, los metales se arrancarán con esfuerzos de titanes de las entrañas de los montes; luego todo ello se someterá á trabajos interminables, de labores inverosímiles. No serán, sin embargo, sino el marco de la obra superiormente artística que decoran.

Algo de esto sucede en la magnífica escalera del marqués de Linares. Muros y pavimento, baranda y zócalos relucen como si fueran de cristal. Las láminas de piedras ricas, pulimentadas como joyas cubren la construcción de aquella parte del edificio monumental, reflejando la luz con transparencias de lago sereno. El sentido de la vista parece quedarse satisfecho con la contemplación de aquella mágica perspectiva. Con todo, en los paños ó *panneaux*, en la escocia, en el techo, detiense los ojos con mayor delectación.

Allí están los cuadros de Domínguez.

Ha representado en ellos el habilísimo pincel de este maestro, las Artes, las Musas y los Vientos. Sin que este mundo de alegorías, más ó menos mitológicas, más ó menos caldeadas por fantasía, ofrezca fases de antigüedad poco luminosas para la ignorancia de una civilización distinta, hay en la evocación que allí se efectúa con el color, de concepciones de otros tiempos, reminiscencias de hermosuras sobre las que nunca trazará arrugas la vejez.

Las líneas severas de la matrona contornean el rostro de algunas de estas figuras simbólicas; pero al mismo tiempo otros modelos de belleza, de países diferentes que los de Roma y Grecia, han prestado su ideal artístico al pintor en su obra, á pesar de todo, singularmente moderna.

En los lados de la escocia, que corresponde casi á los cuatro puntos cardinales, Domínguez ha pintado la mañana, el medio día, la tarde y la noche. Cuatro vientos distintos soplan en estas horas diversas del tiempo.

La *Mañana*, que se halla colocada al Oriente, se mira figurada por una mujer hermosa, de castas formas, de exquisito modelado airosa y elegante en su esplendente desnudez. Un geniecillo, replegado un manto de gasa, aún suspenso de sus hombros, descubre su bello cuerpo. Las flores de almendro que habren sus pétalos de nieve y rosa, indican poéticamente el despertar de la naturaleza. El fondo es de un azul purísimo de cielo. El *Aura* juguetea entre los cabellos de la *Mañana* y las hojas de las flores.

El *Aquilon*, que revuelve con aliento potente negras nubes nocturnas, forma el cuadro relativo al Norte. Ramas secas siembran el suelo. Un geniecillo vierte el ánfora de las lluvias. Es una nota sombría, con que se recuerdan las tristezas de las noches de invierno.

La *Tarde* está representada por el *Céfiro* y las brisas. Está este cuadro en la parte de Poniente. Las tintas son grises, verdosas, ténues, como los velos con que el crepúsculo se viste. Varios geniecillos, con alas de mariposa, revolotean por el espacio, como huyendo de la tierra, no sin poner antes sus dedos rosáceos sobre los ojos de la inocencia que se prepara al sueño. Hay una melancolía de poema romántico dulcísima en esta concepción delicada.

En el Sur, en que también se simboliza el *Mediodía*, se ven desencadenados los vientos africanos. Mozos y mozas de rostro atezado, de carnes de matices calientes, son el emblema de esta alegoría meridional. Está admirablemente reproducido en sus actitudes el movimiento bullicioso de los vientos que representan. Larga fila de golondrinas pone como la marca á este cuadro, desarrollado con tanta inspiración como energía.

No hemos de ponderar ahora las dificultades con que se tropieza, así en la práctica como en la idealización de realidad artística, en esta clase de composiciones simbólicas. La imaginación trabaja en ellas tanto como la inteligencia. Si á lo tradicional, se concede el respeto merecido, forzoso es también otorgar alguna amplitud al gusto del día, al caprichoso azar, que releva al artista pensamientos, latentes en el seno de su originalidad.

Salteados con los cuadros en que Domínguez ha cerrado, con líneas de colores, los vientos, encadenándolos allí para siempre, como con guirnalda de flores, están en los ángulos de la misma escocia, reunidos en grupos, las *Musas*. Con sus diferentes atributos, aparecen, en forma de gallardas mujeres, la Música, la Historia, la Epopeya, la Tragedia, la Elocuencia, la Comedia, etc.

No sé si será resultado intencionado ú obra de casualidad; Domínguez ha colocado juntos los oradores y los cómicos, la lengua dorada y la careta teatral.

Los *panneaux* contienen cuatro obras maestras: *Las Artes*. Cuadros de grandes dimensiones, son como cantos épicos de entonación robusta, que la pintura consagra á sus artes hermanas, y á sí propia.

Más que *Las Artes* se pintan en estos cuadros los conocimientos todos.

La *Industria* es un hermoso grupo de trabajadores y obreros. Estas personas, sin embargo, no tienen la rudeza con que nos representamos el trabajo. La mujer que dá vueltas á un torno de hilar, es toda una dama, su traje, los tapices que la rodean, el lugar en cuyo primer término se presenta, son otros tantos detalles de distinción y riqueza, que hacen de todos los productos industriales allí expuestos, algo así como un lujoso escaparate de joyería. Hay, desde luego, grandeza, en esta concepción. Las tintas son vivas, y magistralmente armonizadas. Este cuadro, por la época en que se coloca, por el colorido y espíritu que anima sus figuras, parece como una prolongación de *Las Hilanderas* de Velázquez.

La *Ciencia* se ve representada por tres figuras desnudas. Al rededor de una fuente un jovencuelo, una muchacha y un niño, se entregan á un estudio rudimentario y primitivo, de la Botánica, las Matemáticas y la Física. El uno, sentado en el suelo, analiza yerbas, arrancadas del cespel húmedo que bordea al pié de la fuente, la otra mide con un compás figuras geométricas trazadas en un plano, que sostienen sus rodillas; el niño, incha en el agujero de un canizo irisadas esferas de espuma de jabón, que se agrandan con su soplo, y se sueltan en el aire como globos de finísimo nácar. Este cuadro es de carácter egipcio, como recuerdo tal vez de que las ciencias tuvieron allí su cuna.

La *Agricultura* es ya una obra conocida del público. Figuró con honor en nuestra última Exposición de Bellas Artes. Realmente es una composición preciosísima. Yérguese, entre las altas, rubias mieses de un campo de maíz, el cuerpo esbelto graciosísimo de una campesina. Sú cabeza sostiene un cesto, que á modo de ancho sombrero, coronado de espigas, la presta sombra en la luz viva de un día de estío.

Las ropas tienen tonos de carmin que, con el oro pálido, rociado en haces por el suelo forma una gradación suavísima de color, de artístico efecto.

Todos los detalles de este cuadro, se imponen por su poderoso relieve.

Por último, el *Arte* propiamente dicho, se halla compendiado en un grupo de figuras á la moderna. Un arpa de dorada columna, espulsada por una artista de elegancia parisienne. Parece, en medio de las ruinas de un pórtico que allí se bosqueja, que con las notas que arrancan las cuerdas, está manteniendo el entusiasmo de los otros artistas que, ya con el cincel, ya con la paleta, trabajan para la inmortalidad, á su lado.

Compréndese perfectamente que en compañía de una mujer como aquella, se pueda, no solo conquistar la gloria mundana, sino escalar el cielo de Mahoma, que según dicen, de todos los cielos, el de árabes es el en que más se ama.

La arquitectura tuvo un momento de inspiración celeste, cuando puso la cúpula en los templos. Por los anchos y multicolores ojos de cristal de sus claraboyas, el día entra en el recinto sagrado con regocijos de fiesta.

La mirada del hombre resbala por aquella extensión curva, como si realmente fuera á perderse en el mundo infinito que busca la idea. Desde fuera, la rotunda, con sus bolas doradas, su aérea cruz, que raya el espacio en dos líneas negras, se impone á la vista, recordando espectáculos de cimas de montañas. La hueca mole ofrece, además, á lo lejos, perspectivas de elegancia, de esbelto sombrerillo de mujer. El pincel pone luego el forro á este sombrerillo.

Dos de los segmentos interiores de la cúpula principal de San Francisco el Grande, son obra de Domínguez. En uno y otro se representan grupos de padres de la Iglesia. El de la derecha, conforme se mira á la puerta del templo, comprende las figuras de Santo Tomás, San Leandro, San Isidoro y San Bernardo. Formando siluetas de tonos robustos, destácanse sobre un fondo claro, compuesto de nubes luminosas y girones azulados de cielo. Arriba varios ángeles piérdense entre ténues, vapores celajes.

En la faja frontera aparece, en primer término, San Jerónimo, apoyando el libro en el león. Es éste un animal hermoso, en actitud arrogante, aunque tranquila, que da una como serena energía á toda composición. Artísticamente se ven despues agrupados San Agustín, San Ambrosio y otros sabios doctores del cristianismo. En la parte superior, un coro angélico se vislumbra en medio de vaguedades de nubes. Estas así como trozos de cielo, son más oscuros, dejando la luz para las figuras, y prestando á la cúpula en aquella sección no sé que indefinible nebulosidad de sueño. En esta composición, admirable por su entonación y contrapuestos matices, envuelto todo en una claridad que pudiéramos llamar

simpática, se evoca sin duda el recuerdo de las tintas decorativas de Tiépolo.

Cada santo del Año Cristiano tiene su leyenda, dorada por la fé, y escrita por la fantasía. Entre escenas de milagros, de aventuras divinas, marchan por la tierra. Pero á estas epopeyas santescas, supera la de San Francisco de Asís personalidad religiosa, sublimemente ideal en el claustro, cariñosamente aclamada por el pueblo.

En el altar mayor de San Francisco, se han trazado en hermosísimos cuadros los episodios más bellos de la vida mística de este santo, de caracter sencillo y alma piadosa.

En la faja lateral de la derecha, Dominguez ha sintetizado en breves detalles la poesía algo pagana si se quiere, que corona al humilde fraile, como con un nimbo de oro. Largas espigas de rosal extienden sus penachos rojos de flores, entre cardos y rocas. Cuenta la tradición que las zarzas sobre que se recostaba el santo, florecían con su sangre. Cada gota, cuajada como lágrima de coral, en la punta de una espina, era luego un boton de rosa. En el cuadro se pinta, de modo poético, este maravilloso arbusto, rígido y punzante en sus tallos, florido y suave en las extremidades de sus ramas. En lontananza se descubre el caserío del pueblo de Asís. Más arriba una custodia gótica aparece en trono de nubes. No hay aquí tonos enteros. Toda esta pintura parece una cosa soñada.

En el cuadro del mismo lado, composición de grandes dimensiones, Dominguez ha realizado con su pincel un prodigio de arte, reproduciendo un prodigio de religion. San Francisco, con su habito ceniciento, de gruesos pliegues que rebelan admirablemente la burda estameña, está en oración. El lugar escogido por el santo para este divino ejercicio, es la escarpada meseta de un monte. Sobre una colmena de piedra se yergue una cruz de hierro. Un ángel, con veste blanca y rosa, se aparece á San Francisco. Su súplica ha sido escuchada en el cielo: este se abre enviando de mensajeros varios ángeles.

El cuadro central del mismo altar, representa á San Francisco, ya en la iglesia, hablando mano á mano con Jesucristo y la Virgen. Es obra de Dominguez y Ferran. Ambos pintores han logrado mezclar sus paletas, guiar su inspiración en un solo vuelo, produciendo un trabajo artistico completo. Difícil es distinguir las pinceladas de uno y otro artista. Con todo, puede que no nos equivocáramos al afirmar que la parte superior del cuadro lleva impreso por brillante manera el toque especial de Dominguez.

En la capilla de órden de Carlos III, el mismo pintor termina en estos momentos un fresco colosal, que es ya aun con sus borrosas sombras de boceto, una maravilla. Figúrase en esta composición la Virgen del Cármen con el Niño Dios en brazos, suspendiendo de sus dedos de rosa un escapulario. A sus piés se arrodillan é inclinan los santos principales de la órden de carmelitas.

Santa Catalina de Suecia ofrece, en forma de niveas azucenas, su cantidad á la Virgen. Es esta santa una doncella, de aspecto delicadísimo, de rubias trenzas que trepan por los hombros y caen sobre el pecho, apenas naciente, en su primeral juventud. Coronada de azucenas, su frente tiene resplandores purísimos, cual si aquella constelación de florecillas pálidas despidiera reflejos de estrellas de plata. Santa Catalina, vestida de blanco, adornada de flores, recuerda la dulce Ofelia, creación del poeta, y personificación de ideal amor femenino.

Humilla la cabeza, detrás de esta virgen cristiana, la mística doctora de Avila. Viste su manto pardo, y velo negro. Es su belleza seria y correcta; su rostro se baña en una media sombra. Contrasta nuestra santa así en su actitud como en su expresión y atavío con la santa de Suecia. Véase en ella ciertamente la monja que ora, pero también la mu-

jer de gobierno, la fundadora de templos, la que lo mismo escribía sonetos sobre el éxtasis divino que los estatutos de una comunidad religiosa. Este complejo carácter ha sido interpretado por Dominguez de un modo genial.

La robusta figura de San Simon Stock, de recta y gris barba, de blanco hábito; San Leandro, Papa, cubierto de bizantina capa pluvial océano de pedrería y bordados; San Raimundo, fundador de la Orden de Calatrava, hombre, mitad guerrero, mitad monje, con la ropa monacal sobre la armadura de acero, empuñada la cruz que fué lanza; y el hermoso ángel, que hace veces de acólito, dejando escapar por los agujeros del incensario, chorros de vapores perfumados, agrúpanse al rededor del trono de la reina celeste, festejándola con estática fé, con amoroso entusiasmo.

Sin aparato teatral se expone en este cuadro una escena, llena de vida, por más que esta vida tenga por base el mundo convencional, simbólico de la pintura religiosa.

Los accesorios están escogidos con sagacidad suma, con gusto atinado, con conocimiento de tiempos y lugares. Destácase la Virgen sobre un tapiz de color vivo, sin prolijos adornos, Una lámpara cuelga á un lado, con su ancha y redonda taza repujada, y las cadenas de chapas afiligranadas. Por último, en una como explosión de claridad de gloria, descenden ángeles con el escudo de los carmelitas.

El pincel de Dominguez no ha puesto solo sus mágicos colores en paños de pared salpicados de agua bendita y de extracto de rosa. El palacio y el templo, el lujo aristocrático y la pompa sagrada ocupan, sin duda, las horas más largas de su inspiración, pero no las mejores. Después de vestir sus modelos de raso, de pegarles á las espaldas alas de querube, ó desnudarles para convertirlos en divinidades, los arrebuja en el manto de la manola, clavando en el airos peinado donde lució la diadema de oro, la peineta de concha.

Su cuadro de costumbres, *El tio vivo*, es una de estas íntimas, individuales complacencias en que el alma de un artista recobra su libertad. ¡Que animación en los rostros! ¡Qué fulguraciones en la luz! ¡Qué brío en aquella fiesta, en que puede revolcarse de alegría el pobre! El tambor siente fiebre de redobles. La máquina de caballos y coches volantes gira con vueltas vertiginosas, formando en el aire ondas incasantes de gritos y carcajadas. Pañuelos azules, rojos, verdes revolotean en la cabeza de las muchachas, aparecen, huyen, cruzan rápidamente en aquella marcha circular de rueda. Los niños trompetean en sus pitos de metal; los perros saltan; las mujeres muestran sus brazos desnudos, sus dientes entre los labios que rien. Es aquello una cadena de regocijo; una danza que pide por parejas el abrazo y el beso.

Dominguez es hijo del pueblo. Con su génio esmalta de encantos salones de palacios y naves de iglesia. El mismo tiene por morada un hotel construido con el resultado pecuniario de sus pinceles. Pero nada de esto le aparta de su origen. Es su trato franco, su espíritu modesto, sus aficiones populares. Podrá su fantasía penetrar en recintos dorados; pero como la golondrina, siempre vuelve á su nido, hermano de hogar del pueblo.

JOSÉ DE SILES.

CRITICA DEL AMOR

El fatal proceso del tiempo y la creciente influencia de la civilización tienden á transformar, sin sobresaltos agudos ni graves desórdenes, todo lo humano y lo poco que queda de divino. El enemigo más grande de las pasiones es el análisis frío y razonado del sentimiento, y precisamente vivimos en una época en que todo se analiza y todo se discute; ya no hay héroes ni epopeyas que canten sus proezas, no hay santos ni fieles que los adoren; hay sabios, muchos, y hay hombres pocos; sobre el cora-

zon está la cabeza; por encima de Dios que duerme está el hombre que vela. La tajante espada se enmohece cubierta de roña añeja, mientras que el afilado bisturi penetra en el cuerpo humano; á la tenebrosa oscuridad del templo reemplaza la fulgurante luz del laboratorio; el odio se disfraza con la finura, la venganza se trueca en desden templado, y el amor se convierte en pasatiempo frívolo ó en negocio calculado. La nota dominante y característica de la época es una actividad febril, un continuo derroche de vida, un deseo furioso de llegar pronto al término de la carrera y de gozar mucho y de prisa durante el camino.

No hay verdadero amor sin ilusión, y en nuestro siglo el hombre se desilusiona pronto y para siempre; no hay goce profundo sin dolor acerbo, y el hombre no quiere sufrir porque tiene otras cosas que hacer. Por eso el amor de otros tiempos es hoy imposible: Abelardo sería hoy un mito, des Grieux un ente ridículo, Armand Duval un loco de los que principian por ser tontos; apenas si el hombre de ahora, embarcado en arduas y difícilísimas empresas, se apercibe de que dentro del pecho late su corazón: no tiene tiempo de pararse á escuchar los latidos ni de rendir extático culto á la belleza: satisface su instinto y pasa, busea tranquilidad ó apetece una posición y se casa, y otra vez se revuelve en el torbellino de la vida, ansiando el fin de sus dudas, anhelando el porvenir que le traiga la verdad resplandeciente, huyendo del pasado envuelto entre sombras densas. ¿Dónde están aquellos intrépidos guerreros que bajo la pesada cota de malla sentían su energía disiparse, su furor guerrero desvanecerse ante la sonrisa de la mujer amada que dominaba una á una todas las fierezas de su temperamento y todas las ansias de su espíritu? ¿Quién sueña con delicias, sueños que dejan fuego en la sangre y amargura en el corazón, pero una amargura tan grande, tan honda, que haga vibrar todas las fibras del cuerpo en violentas sacudidas, que tienda las venas hasta romperlas, que consuma el cerebro hasta secarlo? ¿Quién piensa en los espasmos que produce un ardor cumplido, en los estremecimientos que provoca un deseo satisfecho?

Aquellos hombres impetuosos y audaces amaban con fuerza irresistible, sólo por amor, sin pararse en respetos superficiales ni siquiera en consideraciones justas; encontraban en el sér querido todas las galas de la tierra, los esplendores del cielo, el aire, la luz, la vida; ni Dios ni los hombres eran obstáculo á su pasión, porque por encima de la virtud ponían el amor, que es la virtud de las virtudes, y por encima del pudor ponían el deseo, y por encima de Dios la naturaleza, que les mandaba amar, y su sangre que hervía y su corazón que vibraba.

Aquel amor grande, inmenso, profundo, ciego, puede excusar la deshonor de la mujer y perdonar la infamia del hombre; pero ese amor espanta y dá miedo: es toda la vida en una noche, es toda el alma en un beso, es todo el corazón en un latido; es imposible ahogar sus deseos, ni expresar sus apetitos; hay que seguir los impulsos del alma, los arrebatos de la pasión; la fuerza de la emoción hace estallar en potente rugido de fiera que olfatea frenética la carne: en aquellos instantes sólo se ven los labios húmedos, trémulos, que se aprietan en un beso; los senos rígidos, erguidos, que se levantan sacudidos por los latigazos de la sangre que se abrasa.

Saben ir juntos el amor y la juventud, porque sólo la juventud tiene ilusiones, el amor es la más grande. El adolescente sueña con un ideal, hace sonetos románticos, pasa las noches mirando á un balcón y el día siguiendo á una señorita que en buena prosa no pasa de ser una estúpida, rie, canta, llora, se da con la cabeza en la pared, maldice de su suerte y reniega de su vida, le transporta el júbilo y le ahoga la felicidad, se desgarrá el pecho por una palabra y cae de rodillas ante una sonrisa. Escribe cartas tontas, pasea la calle, se vuelve melancólico y taciturno, se atusa el bigote incipiente, se ladea el sombrero, pone los ojos en blanco, va distraído por las calles murmurando mentalmente el dulce nombre de su amada, y un día recibe

un desencanto, pierde unas carambolas y nose acuerda más de lo que pasó hasta otra vez que le ocurra. ¡Oh, el amor á los veinte años! La mujer púber abandona sus muñecas, se emperifolla con unos cuantos trapos y se asoma al balcon para desde aquella fortaleza lanzar incandescentes miradas á los incautos jóvenes que pasan por la calle. Habla bajo, se ruboriza, entorna los párpados, balbucea, suspira, escribe cartitas dulces sin ortografía, como los letrados municipales, da citas misteriosas nunca consumadas, lleva al novio de perrito faldero cuando sale á paseo, sueña con trovadores que tañen dulcísimo instrumento, finge hermoso príncipe ó valiente adalid que atropella mil obstáculos para ir á rendir su corazón bajo sus plantas, oye palabras ardientes, y escucha suspiros benditos que hacen correr rápida, en oleada de fuego, la sangre de mora de sus quince abriles, vé luces que la ciegan, resplandores que la trastornan, fulguraciones que la embriagan; y una noche su madre la propina un coscorrón ó un pellizco, interrumpiendo por tan prosaica manera el coloquio amoroso con un mozalvete cualquiera, que siendo el primer amor de una mujer, se podría apostar doble contra sencillo á que es un canalla ó un imbécil. Esta es la primera fase del amor: romántico como todo lo joven, tonto como todo lo inútil.

Cuando, creciendo en edad, vá el hombre perdiendo mucho de la natural ganseria de la adolescencia, entiende al amor de distinta manera. Unos, los que tienen temperamento de calaveras, juegan al D. Juan, y son la pesadilla de los maridos y el horror de las suegras; otros, los que tienen conciencia clara de lo que es un hombre, ponen entre ellos y el amor la valla del matrimonio y de la paternidad, y otros, en fin, se mueren sin haber llegado á amar, entretenidos en otros asuntos de mayor importancia.

Los primeros creen que el amor se declara espontáneamente, no poco á poco, como la gota ó la calvicie: ven y aman; encuentran una mujer bonita y la dicen que la adoran, la convencen, obtienen una cita y la poseen: han encontrado así una sensación nueva que se les antoja más delicada y más sabrosa que la sensación que les pudiera producir la guerra, la gloria ó el tresillo con palo de favor. Juzgan esta sensación el verdadero, el solo, el único amor, el amor que no deja ni remordimientos ni amarguras; mientras son jóvenes aman, hoy á una rubia, mañana á una morena, desde la mujer del pueblo á la encopetada aristócrata, soltera, casada ó viuda; para ellos no hay campo vedado ni fortaleza inexpugnable. Viejos ya, quieren y se arrepienten, pero con gemidos discretos y con arrepentimientos cómodos, y cuando mueren, como dice la canción francesa, es por mucho tiempo. La base del amor que sienten es la materia; pero llegan hasta lo ideal, y caen en lo romántico á veces; mientras aman á una mujer, que suele ser poco tiempo, son de una fidelidad á toda prueba, y cuando se hastian de aquel amor, lo convierten en amistad con frecuencia sincera y duradera. Sus galanteos son tontos, como un solitario de baraja; pero salen bien, de diez veces nueve, porque con las mujeres la tontería acierta casi siempre.

Para los segundos el amor es un medio de constituir familia, es un conjunto de sentimientos, y hasta de reflexiones en que la pasión entra por poco y la costumbre y el deseo de tranquilidad cuentan por mucho. Creen que, según dice un antiguo proverbio árabe, el hombre tiene que realizar durante su vida un cierto número de tonterías, de entre las cuales la mayor de todas es enamorarse, y esperan con ánimo resuelto el amor, como si esperasen el sarampión ó las viruelas. Cuando llega, ya están preparados y aman poco á poco y sobre seguro: no tienen celos, porque no pueden ser ridículos, ni sienten arrebatos de pasión, porque no pueden ser trágicos. No abandonan al amor, ni su pensamiento ni su vida; creen que es la primavera, no el año entero; que es la flor, y no el fruto, y buscan en el matrimonio una mujer que les deje la inteligencia clara y

la imaginación en reposo: no toman las linternas por estrellas, ni lo que se apaga por la mañana por lo que siempre está encendido: quieren con la cabeza, no con el corazón.

Los últimos, son los hombres que están poseídos de una ambición que les absorbe por completo, ó que corren desalados tras de un ideal que anhelan. No aman, porque el amor les distraería de sus preocupaciones, y porque además, no tienen tiempo: el amor les espanta, y prefieren ser espectadores de las luchas de la pasión amorosa. Si se enamoran son hombres al agua: por lo mismo que huyen de la mujer, ésta les domina y les subyuga, y entonces encuentran un tormento en cada mirada, un infierno en cada caricia.

Suelen ser viejos y tener mal humor: entre ellos, abundan los calvos y los que usan quevedos; tienen la gota los que son ricos y reumatismo los que son pobres: sólo los abusos de la gula les preservan de las incontinencias del amor: ponen un pavo trufado á la misma altura que una linda muchacha, y dicen: «mi mujer» como pudieran decir: «mi perro de caza» ó «mi gorro de dormir.»

Dice Chamfort, y á fe que no anda del todo descaminado, que las mujeres tienen en la cabeza un lóbulo menos y en el corazón una fibra más que el hombre. Ello es lo cierto, que la mujer ama más y mejor, que el hombre, es decir, más veces y con más ganas. Tarea difícil es la de leer en el corazón de la mujer; no parece sino que, como dice Rabelais, el creador del mundo al dar la vida á un ser tan impenetrable y misterioso, quiso apartarse, por inexplicable capricho ó por raro azar, del orden proporcionado y del buen sentido recto que inspira sus buenas obras. Ha logrado el hombre, tras penosas luchas y despues de rudos trabajos, arrancar á la naturaleza sus secretos, é intenta ahora, con mano atrevida, levantar una punta del velo que encubre lo desconocido, pero ni ha conseguido ni se ha propuesto siquiera, arreado y temeroso ante la enorme dificultad de la empresa, llegar hasta el fondo del corazón femenino que siempre será un misterio, fuente de cruentos dolores y origen al par de radiantes alegrías. Se ha contentado, abusando de su superioridad intelectual y física, dominar á la mujer sin pretender conocerla: ha sancionado con la ley su dominio, y la mujer, artera y engañosa, contra la ley que hace de ella un esclavo ó poco menos, ha opuesto la costumbre que la eleva sobre su tirano; por donde resulta que, en realidad, el hombre está sometido á la mujer, quien á su vez lo está al diablo, y menos mal, cuando, como dicen los franceses, el diablo es *bon enfant*. Sea de ello lo que quiera, fácil es encontrar, por poco que se busque, en toda mujer, contraste vivo y esfinge misteriosa, algo de la castidad de las santas, un poco de la audacia de las cortesanas y un mucho del capricho de las coquetas.

La mujer santa, no es como pudiera creerse, la que ora y ayuna en la sombría oscuridad del claustro, ni la que se flagela y arrepiente en la soledad de la celda; es la *Chávayamana* del sanscrito, es la madre, la mujer que produce nuevos seres sanos de espíritu y robustos de cuerpo. Es la que se dá de una vez para siempre, la que entrega al hombre de su elección todos sus pudores de vírgen y todos sus ensueños de joven. Tuvo sus amoríos, allá en sus mocedades quizás tocó al desliz hostigada por el instinto, pero jamás llegó hasta el delito; luego el deseo de ser madre la inculcó la fidelidad á su esposo y su propio respeto; el fuego de la pasión carnal se trueca en el plácido cariño de la madre; el amor á sus hijos la escuda contra el amor al hombre; para ella el mundo empieza en la reluciente calva del esposo elegido, y acaba en la cabecita rubia del querubín que se agitó en sus entrañas. La mujer ha desaparecido; sólo queda la madre: ¡saludémosla con respeto; su amor es sagrado, porque es la redención de la mujer pecadora y la recompensa de la mujer honrada!

Si se mira desapasionadamente el fondo del

fango en que se revuelca tanta desdichada criatura, se encuentra á seguida el amor en la fase primitiva: el amor grosero, de paso, á precio fijo, como las armillas de lana higiénicas. Más que amor, lo que sienten estas mujeres es un deseo insaciable de ejercicio mensual; buscan el macho que satisfaga sus lascivos instintos y sus apetitos de lujuria: á igual de precio prefieren un artillero á un gomoso, por que, cosa rara, quizás son éstas las únicas mujeres que saben apreciar la belleza varonil bajo su verdadero punto de vista: á veces la fuerza que adivinan encubierta por una rapada levita ó una modesta chaqueta, oscurece el oro que encierra el portamonedas del elegante mirliño. La excusa de su perversión está en su ignorancia y en los desmayos que las produjera el hambre no satisfecha, luego los picotazos de la sangre las empujaron á una primera falta y la segunda vino sola y detrás la tercera. Su vida cansada de bestias del placer, no está exenta de grandes alegrías; pero se adivina un sollozo ahogado en cada una de sus sonoras carcajadas y no es raro que en medio del placer que venden, las atormente la idea del goce que pudieron dar.

Se atribuye á Fontenelle, literato francés que logró vivir cien años gracias á la precaución que tomó de no casarse, esta pintoresca frase, que retrata por rara intención, las novísimas horizontales. «Una mujer bonita es el paraíso de los ojos, el infierno del alma y el purgatorio de la bolsa» ¡Gran verdad digiste, ilustre anciano! Nada más bello que esas encantadoras mujeres deslumbrantes de lujo refinado, que aman entre jarrones de Sevres y sobre tapices de la India; pero nada más frío ni nada más caro. Pinturas vivas, ángeles alados, parece á la vista; embriagan sus perfumes, enloquecen sus sonrisas, trastornan sus miradas, de paseo en el lujoso *huits-ressorts*, tienen gestos de reina, posturas de estatua, frases de poeta, encanto de hada; en la intimidad del *boudoir*, encuentran cantos de sirena, caricias de huríes, espasmos de africana, suspiros de querube. Saben fingir las ternuras del amor más ideal con un arte tan exquisito y tan velado, que no parece sino que lo que es querido, es espontáneo. ¿Quieres que te revelen los secretos más hondos del goce sensual? Pues miralas, Venus impúdicas, arrojando de golpe sus vestiduras, revolverse entre tus brazos, palpitantes de emoción fingida, ansiosas de voluptuosidad desconocida. Pídelas amor y te lo darán mientras lo pagues; pídelas cariño, no lo tienen porque no se paga con dinero. Han hecho del amor un específico que venden caro, y como nunca faltan compradores, no rebajan el precio, pero en cambio, empeoran la mercancía. Dudoso parece que debajo del corsé que ciñe esculturales formas y escondido tras de aquellas satinadas carnes salpicadas de lindísimos hoyuelos, lata precipitado un corazón: en la orgía más desenfrenada, en la crápula más repugnante sólo la máscara se anima; la arteria bate siempre igual con su ritmo acompasado. ¡El corazón de una *cocotte*! Asunto para una balada del país alemán.

El amor de las coquetas presenta dos fases bien distintas, según que provenga de la coqueta insaciable ó de la coqueta egoísta. La insaciable ama con furia jamás extinguida, con ardor nunca satisfecho: la gustan los buenos mozos casi desde niña, y encuentra su placer en la variedad continua, prolongada. En su mente se agitan sueños voluptuosos, deseos de deleites ignorados, ansias de goces desconocidos: es hembra antes que nada. Ama con pasión vehemente, pero sin ternuras; busca la satisfacción de una necesidad imperiosa, no el halago de un sentimiento plácido y fecundo: el amor es para ella el principio y flor de todas las cosas, la gloria de Dios y el infierno del diablo. La gustan la luz y el ruido y la alegría; adoran, como dijo Coethe, las aventuras, y sobre todo los aventureros; la encantan los militares bigotudos, los cocheros corpulentos y los toreros valientes; prefieren cualquier hombre á su novio ó á su marido, y concluyen por ser suegras detestables, despues de haber

sido madres descuidadas. En los países cálidos abunda mucho el género.

La segunda variedad de la coqueta, suele comprender la devota, que, dotada de un alma delicada—en cuanto este adjetivo puede tomarse por sinónimo de soñadora y romántica—repugna el amor terrestre por lo que de material tiene, y se refugia en el amor de un hombre-dios, que templa sus impetus de pasión humana y halaga su quimérico ideal de amor infinito: su goce es el rezo, su hogar la iglesia, su amante divino, Jesús; su querido humano, el primer acólito de iglesia que pase. Adoran al dios-hombre con una mezcla de entusiasmo religioso y de delirio erótico celeste, valga la frase; su amor es una música dulcísima y lejana, un resplandor tenue y diáfano, una delicia del espíritu, un tormento del cuerpo y un fastidio muy grande para su marido, la que lo tiene.

Hay otras, las que no aman porque nadie las comprende, para quienes el amor es un talisman que encierra inefables dichas nunca cumplidas y rutilantes venturas, jamás realizadas; saben amar á distancia, y pueden vivir con un recuerdo; se enamoran con facilidad pasmosa de un hombre que no existe en la realidad, y atraviesan desoladas el mundo en busca del ideal que forjara su imaginación calenturienta. Aman con acompañamiento de promesas eternas de poéticas dulzuras, de frases sublimadas y de suspiros entrecortados, la menor licencia ofusca su pudor, el más mínimo atrevimiento ofende su pureza; cuando se dan quieren que se las reciba como el pueblo hebreo el maná, lloran á lágrima viva por el menor descuido de sus amantes, exigen una fidelidad inquebrantable y un respeto sumiso; quieren que la adoren toda su vida, y creen pagar todos los sacrificios con una sonrisa. Les gustan los poetas de profesión y los tontos de capirote.

—¡Oh, el amor, la neurosis del alma!

U. SALMERON Y GARCÍA.

LA LLEGADA DEL TREN

Llega el tren á la estación
Con pausado movimiento,
Como un monstruo fatigado
Que al respirar echa fuego.

Sacan por las ventanillas
Sus cabezas los viajeros,
Saludando á los que aguardan
Ya con los brazos abiertos.

Abrense las portezuelas
Se arma un ruido del infierno
Y suenan gritos y voces
Y carcajadas y besos.

—¡Allí está!

—¡Dáme un abrazo!

—¡Qué gordo vienes!

—¡Qué bueno!

—¿Qué me traes?

—¿Que tal te ha ido?

—Una funda, caballero.

—¡Papá!

—Coche á domicilio.

—¿Y mi talón?

—Yo le tengo.

—¿Lleva usted en el baul

Algo que pague derechos?

—¿Cómo quedó la familia?

—¿Sabes que murió Don Diego?

—¿A donde vás?

—Voy al tren,

Que me he dejado el sombrero.

—Vienes mucho más delgado.

—Te encuentro mucho más grueso.

—He tenido mucho gusto...

—Gracias.

—Abur.

—Hasta luego.

—Pez, 14.

—Gato, 15.

—Esta noche nos veremos.

—Mamá, que saluda López.

—¡He perdido los quevedos!

—Vamos, no pararse aquí.

—Son siete bultos.

—¡Grosero!

—¡Ay, qué pisotón me han dado!

—¡Cuánto te echaba de menos!

Y á cientos van las maletas,

Y van los cofres á cientos,

Y se ve allí cada mundo

Que es, más que mundo, universo.

Y á una señora muy gorda

Que está esperando á su perro

Que fué á dar á la perrera

Porque se lo descubrieron.

Y un señor que lleva un lío

Con diez bastones lo menos

Y una manta y un paraguas

Y una maleta y tres cestos.

Y á un caballero muy flaco

A quien varios van diciendo

Que viene mucho mejor,

Y está el pobre medio muerto.

Y una señora muy vieja

Que mira con ojos tiernos

Y lleva un sombrero verde

Que es todo menos sombrero.

Y un viudo con siete niños,

Todos vestidos de negro,

Flacuchos y encanijados

Que da compasión el verlos,

Y unos cuantos cazadores

Que vuelven muy rostrituertos

Y aseguran que en España

No queda ya ni un conejo.

Y un marido que á su esposa

Va por lo bajo riñendo

Por si ella miraba ó no

A un oficial de lanceros.

Y un personaje importante

A quien esperan doscientos

Que le abrazan y le adulan

Y le ofrecen sus respetos..

Y allí se confunden todos,

Niños, jóvenes y viejos,

Pobres, ricos, artesanos,

Y militares y clérigos;

Como si al bajar del tren,

Donde por clases vinieron,

Se nivelaran las clases

Siquiera por un momento.

Y en medio de este barullo

Que vuelve loco al más cuerdo,

Oigo el diálogo siguiente

Que cojo y escribo al vuelo:

—¿Y qué tal el viaje?

—Mal.

He tenido un contratiempo.

—¿Algo grave?

—Sí, muy grave.

Tomé en Avila un refresco

Y no sé de qué sería

Que me puso muy mal cuerpo.

Me entraron unas angustias

Y un sudor y unos mareos...

Y unos dolores... en fin

Que estaba ansiando el momento.

En que se parase el tren

Para bajar.

—Ya comprendo.

—En el coche era imposible,

Pues todo venía lleno.

Por fin, después de sufrir

El más horrible tormento

Llegamos á una estación

Y ví los cielos abiertos.

—Las Navas. ¡Cuatro minutos!

Ya vé usted; no había tiempo.

—Es claro.

—Volaba el tren

Y yo sufriendo, sufriendo...

Llega otra estación al cabo,

Voy á bajar muy contento

Y escucho una voz que grita:

Cuatro minutos. ¡Robledo!

¿Quién puede en cuatro minutos?..

¡Ya vé usted; no había medio!

Dan! Dan! Dan! El tren se pone

En marcha otra vez. Yo muerto!

Por fin oigo: ¡El Escorial!

¡Quince minutos! Me apeo...

—¡Vamos, ya era tiempo!

—No;

¡No señor, ya no era tiempo!

BOABDIL EL CHICO.

RIVERITA

Este es el título de la última novela de Armando Palacio; y aunque hace ya meses que está en manos de los lectores, no ha pasado la oportunidad de criticarla pues ninguna otra, que yo recuerde, se ha publicado después que pueda merecer atención preferente. Los maestros han tenido á bien descansar este año; ni Galdós ni Pereda han producido cosa nueva, y se puede decir, sin ánimo de ofender á nadie, que la narración más importante de estos meses ha sido *Riverita*.

Yo recibo cada ocho días uno ó dos volúmenes que el autor respectivo tiene la bondad de dedicarme. Suele acompañar á esta prosa nutrida, una atenta carta en que, con los mejores modos, se me pide mi opinión. Yo, como en el sainete de Ricardo Vega, suelo dar la callada por respuesta. No será esto lo más cortés; pero es lo único posible dada la división del trabajo. Mi misión en este globo no es leer todas las novelas tomadas del natural que quieran escribir los entusiastas de la nueva literatura. Si yo leyera todos esos libros, no me quedaría tiempo á las ocupaciones que me dan de comer ni para las que me sirven de honesto recreo.

Además, me volvería tonto naturalista á las pocas semanas. Las tales novelitas, con eso de que ahora se estila poco dialogo y mucha narración, y se prescinde de poner nombre especial á los capítulos, son otros tantos océanos índicos de tinta, sin islas que valgan. Podrá haber maravillas en el fondo de esos mares, pero ¡vaya usted á pescarlas! Afortunadamente, los libros á que me refiero suelen llevar por delante un prólogo en el que el autor hace profesión de fé, y nos dice lo que piensa del arte, de su fin, del medio, de la evolución, del temperamento, etc., etc., y basta con leer unas cuantas páginas de estos manifiestos al país literario, para averiguar lo que más importa: que el creador de toda aquella prosa compacta es un grafomano ó un cursi.

Las novelas de este pelo han abundado este año; pero es claro que la de Armando Palacio se destaca sobre todas ellas como el ciprés de marras. Y sobre todo, destáquese ó no, *Riverita* la he leído del principio al fin sin cansarme, y esos otros libros... no se pueden leer. No, no se pueden leer. Sucede con su lectura lo que con los padrenuestros, que se rezan á medio dormir; se empiezan, pero no se acaban nunca; el santo se va al cielo, y hay que volver á comenzar. Sin contar con que todas esas novelas parecen una misma.

No sólo es tiempo aún de hablar de *Riverita*, sino que, bien mirado, es demasiado pronto. Esta novela, aunque tiene dos tomos, no es más que la primera parte de una obra. Juzgarla olvidando esto, es ser injusto. La vida medianamente accidentada y bastante vulgar de ese joven cuyo carácter no está aún bien determinado al acabar el segundo tomo, es el asunto de esta primera parte. Lo principal debe estar en *Maximinz*, que será la segunda.

Allí el héroe pasa al estado que protegió la ley Julia et Papia Poppea, y sus amoríos, si sigue teniendo los, ó los de su mujer, adquirirán una gravedad que los que conocemos no tienen.

Hasta ahora lo más interesante del libro no es el protagonista, sino las circunstancias que le rodean y los personajes que influyen en su suerte. Retratos y cuadros de género es lo que por ahora se puede alabar en este libro. De su composición habría mucho que decir... si no fuera mejor dejarlo para cuando conozcamos la obra completa. El autor debe tener su plan, al cual obedece el tal vez aparente desaliño de la acción del libro.

Es claro que mejor hubiera sido ó haber dado toda la obra de una vez ó no haber dejado para tan tarde el zurcir estos paños, de púrpura algunos, que componen el conjunto de *Riverita*. Pero sea como quiera, censurar la novela por tal concepto, es prematuro.

Y ahora, antes de entrar en el capítulo de las alabanzas, debo advertir lealmente que Armando Palacio es íntimo amigo mío, y que un egoísmo, que me parece muy disculpable, me obliga á sacrificar al amigo en aras del humilde nombre de revisero imparcial. Quiero decir, que para evitar á mis enemi-

gos la ocasión de zaherirme, prefiero no elogiar á Palacio cuanto merece, y apretar en el renglón de los reparos, para que así resalte más la condición de justiciero de que siempre hice gala. A Dios gracias no necesita el autor de *José* que yo le proteja y aun le sobra fama para dejar una poca entre mis dedos, ayudándome de este modo á consolidar mi reputación de crítico claro y que no se casa con nadie. Cuando algun poeta chirle ó novelista ramplon me venga con eso de que me hablando al hablar de los míos, sacaré este artículo á relucir en prueba de mi severidad crítica.

Dios y Palacio me lo perdonen.

Pero, sería exagerar, tanto que se conociera la comedia, negar que *Riverita*, sea lo que quiera como conjunto, tiene capítulos de maestro, y prueba que las facultades del autor son más amplias y más flexibles de lo que se podía creer, á juzgar por las obras en que de propósito, se limitaba á copiar un rincón de su tierra ó un pedacito de su alma. Miguel Rivera nos lleva, con las vicisitudes de su existencia, del interior de una casa, donde las preocupaciones ridículas ayudan á las virtudes domésticas á mantener la vida honrada de una familia, á respirar en el ambiente helado de un colegio de niños donde, á pesar de ciertas repeticiones y algunas languideces en la descripción de nimiedades, encontramos un *microcosmos* de la mala educación española.

Vicios y defectos hay en nuestra vida pública, en la académica, en la social, en la religiosa, en la doméstica, que aparecen estudiados como en su germen en los capítulos que consagra Palacio en los años de aprendizaje de Miguel Rivera; es lástima que á veces olvidando la gran importancia que para su asunto tiene esta parte de la vida de *Riverita*, el autor insista demasiado en la narración de algunas anécdotas de escasa significación y despegadas del libro. Defecto es éste que abunda en todo la obra. No todo lo que nos hace reír oyéndolo imitar en determinadas circunstancias propicias, se puede trasladar al arte, y ménos se debe trasladar desprovisto de todo adorno artístico, como pudiera hacer una estadística ó un cronicón vetusto. Fuera ya del colegio Miguel, se ensancha el cuadro, la observación se dilata... y pierde por algun tiempo fuerza y fijeza.

Todo aquello de los amores con la Generala, las aventuras periodísticas, el viaje á Pasajes [y otros, varios episodios, exigían más atención y reposo, relieve mayor, constancia, por decirlo así, en el estudio de observación, y sobre todo una conexión de los sucesos ó por lo ménos de los afectos y de las ideas, que falta por completo. Relieve, orden, gradación, fuerza, gracia, observación, interés; todo eso hay, en cuanto se refiere á las relaciones de *Riverita* con su madrastra y con su hermana, figuras ambas que acreditarían á cualquier novelista, la primera por su verdad y fijeza en los rasgos característicos; la segunda por la gracia, la frescura, la sencillez natural y espontánea.

Como prueba de que no hay materia que esté jamás demasiado tratada para el ingenio verdadero, puede ofrecerse todo lo que en *Riverita* se refiere al toreo, á los aficionados, á los toreros, á las plazas, á las corridas y á las becerradas. Lo que es al llegar á esta ocasión, permitanme ustedes que olvide mi *ipapel* de censor ceñudo, que quiera ganar fama de imparcial, y que alabe á Palacio con todo mi corazón... á pesar de ser mi amigo. ¡Señor, no puedo yo tener un amigo que describa muy bien una corrida de toros, y una novillada, y el carácter y las costumbres de un veterano del arte de *Lagartijo*! Más hubiera valido que todos estos capítulos estuvieran mejor engranados con el asunto principal; pero como quiera que veugan, sean bien venidos.

Caractéres y tipos los hay muy notables. El de *Riverita* no puede estudiarse todavía. Algo se adivina en él; preciso es confesar que hay cierta indeterminación en este personaje; podrá esto ser intencional, servir al autor para más adelante; pero por lo presente perjudica. En cambio saltan á los ojos Bernardo y tío Manolo (éste sobre todos), la madrastra, los profesores del colegio, el torero, el cadete y otros varios.

El lenguaje es, como suele ser el de Palacio, correcto casi siempre, si bien hay cierto descuido en lo de no evitar anfibologías, y en el desatender á la construcción lógica cuando ésta es exigida por la claridad. Además ciertos giros ó entidades ó de poco uso ó arbitrarios, desdican del tono general del libro. Añadase á esto que Palacio corrige mal las erratas.

No hay un solo latín de los versos que figuran en *Riverita* que no tenga una incorrección ¡Y cuidado si hay críticos que anden á caza de erratas!

El diálogo me ha parecido en general mejor manejado que en novelas amorosas; se excucha oportunamente, y no se prolonga más de lo necesario. Sin embargo, no faltan todavía aquí conversaciones inútiles, lugares comunes que estorban, pues la intensidad se consigue sin ellos, y con ellos el estilo pierde y la composición se hace pesada y enojosa.

Cuando la segunda parte de esta novela publique, entraré en más importante análisis, estudiando el carácter de este ingenio, que es uno de los más dignos de atención en nuestra juventud literaria.

Palacio, valga lo que valga, es original, espontáneo; suyas son sus preocupaciones, que las tiene, suya su manera, suya su tendencia y así ha podido ver venir y casi casi pasar el prurito pseudo-naturalista sin sentir cambio alguno en sus *procedimientos* ni en sus ideas. En las novelas de Armando Palacio se nota que hay debajo del hombre de fantasía un crítico y un espíritu satírico; el espíritu satírico siempre inspira bien, el crítico le guía constantemente por el camino del buen gusto.... El peligro está en que por librarle de un naufragio al tal crítico, puede hacerle caer en los horrores de la *calma chicha*. Quien no se aventura no pasa la mar.

CLABIN.

EL AMOR

La conocí jugando á las muñecas
En la plácida edad de la niñez;
La dije: ¿qué es amor? me hizo dos muecas,
Y jugando siguió en su candidez.

De joven pregunté á la misma hermosa
Qué era amor, atrayéndola hacia mí;
Y tomando los tintes de la rosa
Contestó: ¡Lo que siento yo por tí!

Hoy, ya mujer, si se la preguntara
Como en tiempo pasado, qué es amor,
¡Las lágrimas rodando por su cara,
Contestar no pudiera en su dolor!

JOSÉ MARTÍNEZ MEDINA.

REVISTA DE MADRID

El primer pensamiento que se me ocurre al tomar la pluma, es manifestar que hace mucho calor.

La noticia podrá no ser nada fresca, convengo en ello; pero fuerza será que mis queridos lectores me concedan que esto es que más nos preocupa por el momento; y yo veo por ahí á la gente tan sofocada como si se hubiese prendido fuego á la villa de Abascal y el madroño por los cuatro costados.

En vano se busca un corto lenitivo al mal que nos aqueja en las casas de baños; porque el refrescón no dura más que el tiempo en que uno permanece debajo del agua, que no puede ser mucho.

¡Dichosos los que pueden zambullirse en el mar á la hora en que lo desean; y respirar todo el día su fresca brisa, y deleitarse á la sombra de un emparado, regalando sus sentidos con el variado matiz y suave perfume de las flores y el murmullo de la fuente!

Ya se sabe: los sueños del hambriento son de pan y jamón; los del habitante de un páramo, el sol de Julio; los del que disfruta de sus abrasadores rayos en Madrid, las playas y frescos valles del Norte y las nieves del invierno.

Esto me trae á la memoria, cierto sermón que hace años se predicó en un lugar de la montaña.

Era el último día del año, y el asunto de la oración el juicio final.

El predicador, inspirado en el más ardiente celo por la salvación de las almas, trataba de infundir á sus oyentes horror al pecado, haciendo una terrible dintura del infierno y de sus penas.

—Figuráos, decía, un extenso páramo, cubierto de eterna nieve helada, donde sería imposible vivir un instante, á no estar condenados los precitos á fatal inmortalidad. De las nubes se desprende de continuo una lluvia de copos endurecidos que azotan los cuerpos, causándoles innumerables heridas, que el indecible frío mantiene en perpetua inflamación con espantosos dolores. Helados los huesos, heladas las entrañas, helada la carne, sienten aquellos infelices un tormento insoportable, sin que un rayo de sol, una chispa de fuego, venga jamás á mitigar un sólo instante sus horribles sufrimientos.

Acabado el sermón, y la misa, el cura del pueblo llamó aparte al predicador, y le manifestó su extrañeza porque había descrito el infierno como un lugar de frío, cuando, según los libros santos, es un lugar de fuego; á lo cual replicó el interpelado:

—Confieso que me he permitido esa licencia, pero Dios sabe que mi intención ha sido buena. ¿Pues no advierte usted, señor cura, que si en este pueblo tan abundante en nieves y hielo y tan escaso en leña, se hablase en el rigor del invierno de una casa de fuego, con baños de aceite hirviendo, serían capaces las gentes de pensar en el infierno con amor, en vez de odiarlo con espanto?

Con motivo del gran calor que se deja sentir en esta capital, la población en masa comienza á emigrar hacia las costas del Cantábrico para librarse de los inaguantables rayos del padre Febo, quien en los meses de Julio y Agosto gasta un humor de todos los diablos.

Adios, Madrid... dije mal: adios vosotros, los dichosos mortales que os marcháis: buen viaje, y séaos el tiempo fresco.

Los que nos vemos forzados á permanecer en Madrid, mal de nuestro grado, estamos ya resignados á sufrir, como Dios nos dé á entender, las caricias caniculares del rubicundo Dios, metiditos en casa por el día y saliendo por la noche á ensanchar los pulmones y esparcir el ánimo en los Jardines del Buen Retiro.

En su ameno y fresco recinto podemos deleitar nuestro oído con los dulces é inspirados acordes de la música y recrear nuestras miradas en la contemplación de multitud de ojos negros ó azules, garzos ó pardos, melancólicos ó ardientes; bocas lascivas ó severas; nítidas gargantas, blondas cabelleras, joyas quilatadas, de otras joyas mejores, resplandecientes, brillantes, seductores, que embargan el alma y los sentidos bajo una atmósfera de luz y de armonía en la que descansan ó lateu mil juveniles corazones.

En los Jardines del Buen Retiro se reúnen todas las noches el lujo y la modestia, la ambición y la gloria, el amor y el negocio; y sin embargo allí calla la voz de los sentidos, sofocada por la voz del espíritu, que es la del arte, ese arte, emancipación purísima del cielo, deleite de las almas, consuelo de los tristes, y que han sido dignamente interpretadas en la tierra por los Meyerbeer, Bellini y Donizetti.

Uno de los hechos que prueban con más elocuencia el gran incremento que ha adquirido la música entre nosotros y la afición que por éste se ha desarrollado en el público madrileño desde hace algunos años, es, á no dudarlo, la representación de las óperas de los más afamados compositores en los meses de verano en los Jardines del Retiro, morada antes de regias familias, patrimonio al presente de todos los hijos de Madrid á quienes su fortuna les permite contar con una modestísima peseta para pagar cuatro horas de expansión y recreo en medio de los espirituales acordes de la música.

Los Jardines del Buen Retiro son una de las más grandes adquisiciones que ha hecho la corte y sus habitantes en favor de su bienestar durante los abrasados meses del estío, antes insoportables é insufribles para quienes una ocupación precisa ó la carencia absoluta de medios les impedía salir de esta Babilonia en busca de regiones más apacibles ó de lugares más frescos donde, á la par que tranquilidad y descanso al espíritu, pudiera hallar también las comodidades naturales y apetecibles de la materia.

Juntamente con otros adelantos y otras conquistas de orden diferente, éstos espectáculos musicales en los meses de verano, con que nos hemos colocado á la altura de pueblos más cultos y civilizados que el nuestro, sobre todo en el arte musical, tienen hoy una importancia indiscutible y que nadie puede desconocer,

sabiendo lo que era Madrid no hace más de cinco lustros en esta época del año.

No he de decirlo yo los *atractivos* que en aquellos días ofrecía la capital de España, ni la vida insípida que tenía que pasar aquí el desdichado mortal que no dispusiese de unos cuantos duros para empaquetarse en una diligencia que le llevara siquiera á la olorosa Alcarria, ya que su bolsa no le consintiese hacer un esfuerzo para lavar su cuerpo en las agitadas olas del Cantábrico.

Todos sabéis que, fuera del circo ecuestre con sus invariables espectáculos y alguno que otro baile público, por lo general de ningún lance, la única distracción, el recreo único era el reunirse en el Prado hasta las once ó las doce, á lo sumo, en cuya hora todo el mundo se retiraba á su incómoda vivienda, quedando Madrid desde aquel momento en un silencio sepulcral, si acaso interrumpido por el soporífico canto del sereno, con el cual solía alternar alguna vez, ya el aullido de un perro rondador y libertino ó ya la música de bulliciosos mozalvetes que, con guitarras y bandurrias, festejaban al ángel de sus ilusiones, si es que no interrumpían también el sueño de los pacíficos vinos.

Todo aquello pasó para no volver.

Madrid, por fortuna nuestra, es hoy otra cosa en la estación veraniega.

Nuevos elementos de vida y de cultura le dan ya una fisonomía completamente distinta, y han hecho de nuestra capital un lugar soportable, por lo menos en esta época, de suyo fastidiosa y pesada en cual-

quier sitio que no sea el campo ó la playa de un mar septentrional.

Los Jardines del Buen Retiro han dado la vida á Madrid en el verano, y constituyen el punto de reunión de la mejor sociedad.

Sin esos alicientes que se encuentran, por ejemplo, en los Campos Eliseos de París ó en los jardines del *Neuwelt* y en *Volksgarten* de Viena, en donde los poéticos encantos del arte contrastan con las maravillas de la Naturaleza, nuestro Retiro es un lugar de recreo y de expansión, que ofrece todo el atractivo suficiente á hacer olvidar cuantos rigores y penalidades nos imponen las noches caniculares de los meses en que tiene abiertos sus jardines.

Con todos sus defectos, que son muchos sin duda, y á pesar de las diversas reformas que en ellos se echan de menos, ha llenado entre nosotros un vacío inmenso y satisfecho una necesidad apremiante.

A los Jardines del Buen Retiro, más que á ninguna otra cosa, debe Madrid lo que ahora es en verano con relación á lo que fué ayer; por ellos vale todo lo que nosotros apreciamos el progreso que en orden á sus espectáculos musicales ha podido realizar, imponiéndonos una costumbre artística, aceptada ya por casi todos los pueblos cultos: los conciertos instrumentales primero y la representación de las óperas más aplaudidas después; estas fiestas de los tiempos modernos, que constituyen hoy la primera y principal de las diversiones públicas, y determinan el nivel de la cultura y de la ilustración de las naciones, verdadera manifestación del gusto característico de

nuestra sociedad, así como del sentimiento y del espíritu estético que anima á nuestra civilización.

Yo bien sé que la ópera es accidental y secundaria para una gran parte del público que asiste á los Jardines del Retiro, y que, por consiguiente, no es posible que tengan toda la importancia que en otras condiciones podrían ofrecer bajo el punto de vista de la música aquellos espectáculos.

Sin embargo, á pesar de todo esto, tienen su interés, é interés señaladísimo, aun para esta fracción *inconsciente* que no se preocupa del espectáculo que paga, ni parece que le importa lo que se canta.

Estoy muy lejos de querer comparar estas representaciones de ópera al aire libre que por esta época del año tienen lugar, con las que, en el teatro de la plaza de Oriente, y con un carácter más marcadamente artístico, se celebran durante el invierno.

Tengo formado un juicio concreto, y creo que racional, acerca del valor é importancia que unas y otras representaciones de ópera, las de invierno y las de verano, deben tener en el sentido del arte, y con respecto á los fines musicales que cada uno ha de cumplir.

ANTONIO GUERRA Y ALARCÓN.

MADRID:

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE ULIANO GÓMEZ Y PÉREZ

Calle de la Cabeza, 36, bajo.

ANUNCIOS

BIBLIOTECA ARTÍSTICA

OBRAS PUBLICADAS

Curso completo de declamación, ó enciclopedia de los conocimientos que necesitan adquirir los que se dedican al arte escénico, por D. Antonio Guerra y Alarcón.—Un tomo en 4.º de 450 páginas.—Precio 7 pesetas.

Obra premiada con medalla de 1.º clase en la Exposición Literario-artística de 1885.

Músicos, poetas y actores: colección de estudios crítico-biográficos de los músicos Salinas, Morales, Victoria, Eslava, Ledesma y Masarnau; de los poetas García Gutiérrez, Hartzenbuch y Ayala; de los actores Máiquez, Latorre y Romea, por D. Carlos Guaza y Gómez Talavera y D. Antonio Guerra y Alarcón.—Un tomo en 4.º de 286 páginas.—Precio 5 pesetas.

Obra premiada con medalla de plata en la Exposición Literario-artística de 1885.

Isaac Albeniz: estudio crítico-biográfico de tan reputado pianista, por D. Antonio Guerra y Alarcón.—Un folleto en 8.º.—Precio 50 céntimos.

Estas obras se hallan de venta en las oficinas de la BIBLIOTECA ARTÍSTICA, Paseo del Prado, núm. 20, 3.º, derecha.

OBRAS EN PREPARACIÓN

Indumentaria Teatral. | Estética de la Música.
Galería de Actores Españoles.

DICCIONARIO

HISTÓRICO, BIOGRÁFICO, CRÍTICO Y BIBLIOGRÁFICO DE EXTREMEÑOS ILUSTRES

POR DON NICOLÁS DIAZ Y PÉREZ

Única obra para estudiar la historia de todos los hombres célebres que ha dado Extremadura desde los tiempos de Roma hasta nuestros días. Saldrá á luz por cuadernos de 40 páginas en folio español á dos columnas, buen papel y esmerada impresión. Irá ilustrada la obra con retratos, esmeradamente ejecutados, de los extremeños más ilustres. El cuaderno que contenga lámina solo constará de 24 páginas de texto.

El precio de cada cuaderno en toda España será de 1 peseta. Los suscritores de provincias anticiparán con el primer cuaderno el valor de 5, para no tener interrupción en el recibo de los que vayan publicándose.

La obra constará de 60 á 70 cuadernos. En las cubiertas de los mismos se publicarán los nombres de todos los señores suscritores.

Se admiten suscripciones en casa de los Editores, Sres. Pérez y Boix, Madrid, Manzana, 21 y en las librerías de D. A. San Martín, Puerta de Sol 6 y Carretas 39; D. Fernando Fe, Carrera de San Jerónimo 2, Murillo, A. calá y D. Leocadio López, Carmen 13.

EL PROGRESO EN 1886

SEXTO AÑO DE SU PUBLICACION

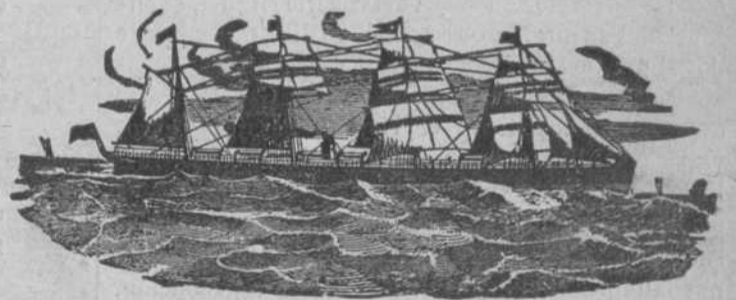
La importancia atribuida por EL PROGRESO, que á los seis años de existir figura entre los tres ó cuatro periódicos de mayor circulación de España, á la cabeza de los de gran tamaño, le impone deberes para con el público que de tan extraordinaria manera le ha favorecido.

Por esta razón todo sacrificio para corresponder á los favorecedores que nos dispensan nos parecen insuficiente y nuestros esfuerzos irán encaminados á consolidar la predilección con que nos distinguen.

LA REFORMA AGRÍCOLA

Periódico quincenal de intereses materiales.

Se regala á los suscritores de EL PROGRESO que paguen por semestres adelantados con todos los beneficios establecidos para los suscritores directos como son: la adquisición á plazos ó con notables rebajas, de toda clase de máquinas é instrumentos agrícolas, plantas, semillas sementales, obras notables de agricultura y la confesión gratuita á las consultas que se dirijan á las Oficinas facultativas de *La Reforma Agrícola*, Serrano, 48, principal.—Madrid.



SERVICIOS DE LA

COMPAÑÍA TRASATLÁNTICA DE BARCELONA

VAPORES-CORREOS Á PUERTO-RICO Y HABANA con escala y extensión á las Palmas, Puertos de las Antillas, Veracruz y Pacífico.

Salidas trimestrales

De Barcelona, el 5; Málaga, el 7 y Cádiz el 10 de cada mes para Palmas, Puerto Rico, Habana y Veracruz.

Santander el 20, y Coruña el 1, para Puerto-Rico y Habana.

Barcelona, el 25; Málaga el 27, y Cádiz el 30, para Puerto Rico, con extensión á Mayagüez y Ponce, y para Habana, con extensión á Santiago, Gibara y Nuevitas, así como á La Guaira, Puerto Cabello, Sabanita, Cartagena, Colón y puertos del Pacífico, hacia Norte y Sud del Istmo.

El 10, de Cádiz, el vapor *Antonio López*.

El 20, de Santander. *Habana*.

El 30, de Cádiz, *Cataluña*.

VAPORES-CORREOS A MANILA

con escalas en

Port-Said, Aden y Singapore, y servicio á Ilo-Ilo y Cebu

SALIDAS MENSUALES DE

Liverpool, 15; Coruña, 17; Vigo 18; Cádiz 23; Cartagena, 2

Valencia, 26, y Barcelona 1.º, fijamente de cada mes.

El vapor *Isla de Mindanao* saldrá de Barcelona el 1.º de Julio próximo.

Todos estos vapores admiten carga con las condiciones más favorables, y pasajeros, á quienes la Compañía dá alojamiento muy cómodo y trato muy esmerado, como ha acreditado en su dilatado servicio. Rebaja por pasajes de ida y vuelta. Hay pasajes para Manila á precios especiales, para emigrantes de clase artesana y jornalera, con facultad de regresar gratis dentro de un año, si no encuentran trabajo.

La Empresa puede asegurar las mercancías en sus buques.

Para más informes en

Barcelona: *La Compañía Trasatlántica*; y Sres. Ripol y Compañía, plaza de Palacio.—Cádiz; Delegación de *La Compañía Trasatlántica*.—Madrid: D. Julián Moreno, Alcalá.—Liverpool: Sres. Larinaga y Compañía.—Santander: Angel B. Pérez y Compañía.—

Coruña: D. E. de Guardia.—Vigo: D. R. Carreras Irigorri.—Cartagena: Bosch hermanos.—Valencia: Dart y Compañía.—Málaga:

Sr. Administrador general de la *Compañía general de Tabacos*.